



Miss Laurie Lane, artista de la Paramount.

SEMANA GRAFICA

REVISTA ILUSTRADA — INFORMACION — ARTE — LITERATURA

Editada por la Compañía Anónima EL TELEGRAFO

J. Santiago Castillo, Director

Adolfo H. Simmonds, Jefe de Redacción

CASILLA DE CORREOS 824. — TELEFONO: CENTRO 1005. — CABLES: ANA GRAFICA.

PRECIO CINCUENTA CENTAVOS

CIRCULA LOS SABADOS

AÑO VIII

GUAYAQUIL (ECUADOR), 15 DE OCTUBRE DE 1938

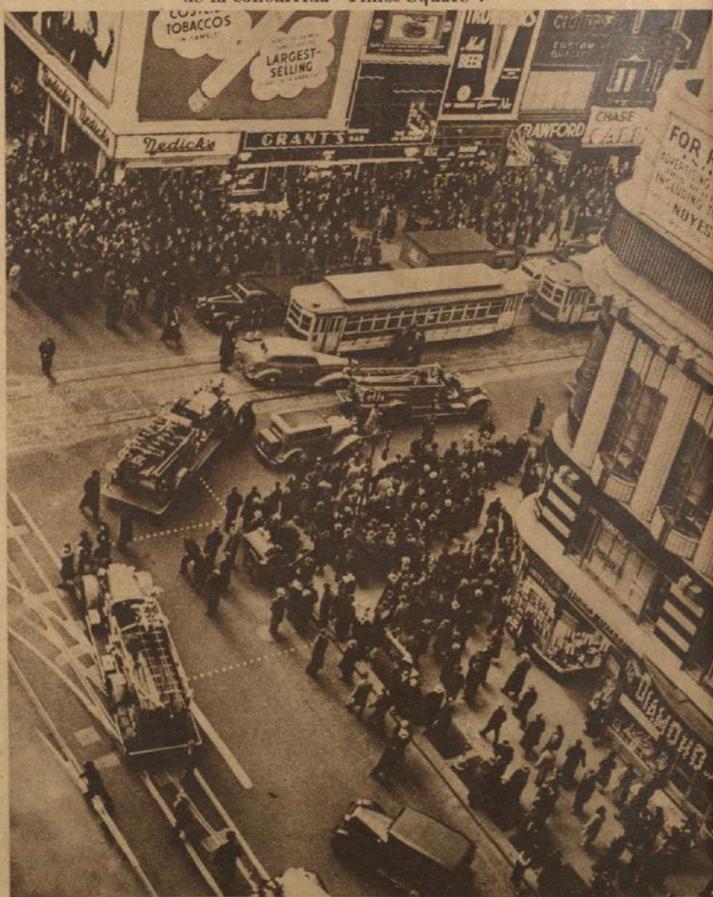
Nº 379



"La Historia de un Incendio" podría intitularse esta serie de fotografías tomadas en el corazón mismo de Nueva York, a pocos centenares de pasos de la concurrida "Times Square".



El humo, que en la precedente foto parecía provenir de una chimenea, se ha vuelto más denso y comienza a invadir el distrito neoyorquino donde está la llamada "Encrucijada del Mundo".



El servicio de bomberos en Nueva York es justamente famoso por la prontitud con que sus unidades acuden a los lugares de los siniestros. Aquí se ven tres carros doblando una esquina...

(Authenticated News Photos)



Stúdio ALAVA—ESTRADA.—Quito.

Señorita MECHE TOUS FEBRES CORDERO

Guardan sus pupilas un fantástico tesoro; sus labios carmesí, su inviolada alburá, sus blondas constelaciones, hacen soñar ambiciones, destellos de esperanzas y musitar trémulas palabras de admiración a su belleza.

CUENTOS Y NOVELAS PARA "SEMANA GRAFICA": LA CASA VIEJA

Se iban de la casa que amaban. Marcia se acercó a su madre, que estaba junto a la ventana, mirando como los hombres, colocaban los muebles en el enorme camión. Juntas contemplaron por última vez el patio querido. Los labios de la madre temblaron. —Por 20 años este ha sido nuestro hogar...

—No llores mamá— le expresó. —Comprendo, querida, que te duele lo que me duele. A ti más que a mí, pero no llores, por favor. Ya verás que todo nos va a salir bien.

Le puso el brazo alrededor del cuello, y trató de hacer su voz segura mientras hablaba. Quería aparecer contenta, pero el mismo corazón le dolía. La fortuna de que hasta entonces disfrutaban, casi había desaparecido. Y tuvieron que abandonar el viejo hogar y alquilar un apartamento barato. Iban a ser días de prueba para ambas. Y pensó en Ernesto, el querido, dulce, comprensivo Ernesto. Como lo amaba. Pero no se lo podía decir, porque sabía lo que iba a hacer entonces.

Podía ver sus ojos pardos, llenos de incertidumbre. Cogería su pipa, mientras ella hablaba, y le pasaría el brazo alrededor de la espalda. Luego le diría con una sonrisa: —Tonta! ¡Cogerle miedo al futuro! No debes preocuparte de este modo, Marcia; de ja que yo me ocupe de ti. Pero el orgullo de Marcia se revelaba con tra, eso.

Quería hacer planes inmediatos. Quería casarse con ella, para protegerla contra el mundo. Así era Ernesto. Nada le parecía suficiente tratándose de Marcia. Se lo había dicho a menudo, y ella sabía que decía la verdad.

Haba decidido no decirle a él donde iban a ir. El "apartment" como lo llamaban, no era malo. Consistía de tres habitaciones frontales de una casa muy vieja y muy bella, que había pertenecido a una barriada exclusiva hasta que el comercio se introdujo allí.

El trabajo de la mudanza era excitante; Marcia y su madre sentían real goce arreglando los muebles, haciendo que las nuevas y tan bonitas brillaran con sus lindas cortinas, dándole vida a una esquina con una lámpara, una silla, o un cuadro favorito. La mayor parte de su mobiliario había sido vendido; pero aquellos muebles que más amaban continuaban con ellos.

Milagrosamente, las dos encon-

Telecinematografía

En Hollywood se ha divulgado una noticia que preocupa a muchas artistas. Dentro de algunos meses, los Estados Unidos gozarán de la telecinematografía: desde una sala de proyecciones se alimentará, mediante un sistema que va a revolucionar una vez más la técnica de la pantalla y la disposición de las salas, a doscientos locales cinematográficos.

Peró las artistas deberán ser telefotográficas. No se trata de una palabra más. Algunas experiencias, llevadas ya a cabo, han revelado que la imagen de la mayor parte de las artistas sufre una deformación al ser retrasmittida. Mae West, Greta Garbo, Marlene Dietrich, Joan Crawford, todas las grandes actrices, sufren esta ingrata ley. Por ello los estudios cinematográficos buscan "estrellas" nuevas, indeformables.

traron trabajo. Una mañana, la madre, de repente, se echó las manos a la cabeza: —¿Cómo no lo había pensado antes?— dijo. Marcia sonrió. Su madre que había sido brava a través de la catástrofe ahora estaba también contenta. —¿Qué es ello mamá?— le preguntó. —Que puedo tejer!— casi gritó. —En la época de la guerra yo era la que más y mejor tejía en la Cruz Roja; en ese trabajo no hay quien me gane en varias millas a la redonda. Y hasta ahora había permanecido sentada, con mis manos en las rodillas, mirando hacia el espacio. ¡Cuán boba he sido!

De ese modo crearon la Academia de Labor, donde Marcia y su madre podrían ganarse la vida. Estando ocupada durante todo el día, Marcia no tenía mucho tiempo para pensar en Ernesto. Pero cuando la noche, que es cuando llegaba, su rostro volvía siempre a ella.

Un domingo por la tarde mientras pensaba en Ernesto, de idió dar un paseo. Al llegar a la casa casi chocó con un hombre que había salido de detrás de un árbol. Era Ernesto. Se miraron por un momento con extrañeza y dijeron al mismo tiempo: —¿Pero qué es lo que estás haciendo aquí? Marcia contestó: —Yo vivo en esta casa.

Se echaron a reír. Luego Ernesto, con la voz contenta, le dijo: —¿Dónde has estado Marcia? ¿Por qué me has tratado de este modo? ¿Es porque soy pobre ahora? —¿Pobre?— dijo Marcia con extrañeza. —¿Es verdad eso? —¡Tanta verdad como que te he encontrado otra vez!— le respondió Ernesto seriamente.

—Ernesto— le dijo Marcia, quien tenía miedo de echarse a llorar: —Ven a nuestra casa a tomarme un poco de té. Lo guió por la vieja y ancha escalera. Entraron en el apartamento juntos, Ernesto mirando a todas partes.

—Espero que no te parecerá mal esto Ernesto— le pidió Marcia— pero es lo mejor que hemos podido conseguir. Ernesto sonrió. —Me gusta— dijo con convicción.

Ernesto mirando a todas partes.

LA CREACION DE LA MUJER

El eterno deseo del hombre — la ilusión más cara del joven — la aspiración masculina hacia una felicidad tranquila — el eterno problema de los filósofos serios — el consonante difícil para los poetas soñadores! — ¿Qué más? — pensando en un tema exquisito y ultra femenino, transcribimos una fantasía oriental que dice:

"En el principio, cuando Twash tri había llegado a la creación de la mujer, se dió cuenta de que todos los materiales se le habían agotado en la construcción del hombre. En este dilema, y después de profundas meditaciones, tomó la redondez de la luna, la sinuosidad de los reptiles, la adherencia de las plantas trepadoras, el temblar de las hierbas, la debilidad de la caña, la belleza de las flores, la levedad de las hojas, la forma cónica de la trompa del elefante, la mirada de la gacela, el enjambamiento de las abejas, la gozosa alegría de un rayo de sol, el rocío de las nubes, la inconstancia de los vientos, la timidez de la liebre, la vanidad del pavo real, la suavidad del pecho de la tórtola, la facilidad de hablar de los loros, la

Sus ojos miraron hacia el manto de la chimenea, al otro extremo de la habitación. Añadió:

—Me gusta ese manto también. Marcia miró hacia él. Odiaba aquel manto. Macizo, de caoba oscura, tenía tallada una escena de bacanal. Representaba todo lo que era bello y cálido. Tal vez por eso razón lo odiaba, ya que le recordaba otros días.

—Me gustaría que no hablaras así, Ernesto. Sé que no piensas lo que dices. Creo que me quieres hacer creer que estás pobre para seguir en mi compañía sin que yo me sienta mal.

Ernesto le pasó el brazo alrededor del hombro. —No comprendes, Marcia— comenzó. —Muchas cosas me han ocurrido desde la última vez que te vi. Perdí todo lo que tenía, y cuando te mudaste sin darme a dónde iras no supe qué pensar. Finalmente creí que debía venir aquí y comenzar a trabajar de nuevo.



Se miraron por un momento con extrañeza y dijeron al mismo tiempo: —¿Pero qué es lo que estás haciendo aquí?

—Por eso es por lo que estoy en esta casa. Alquilé un cuarto esta mañana. He vuelto a la vieja casa, la casa de mi abuelo. El

—¿Pero qué es lo que estás haciendo aquí?

—dureza del diamante, la dulzura de la miel, la crueldad del tigre, el cálido ardor del fuego, la frialdad de la nieve, el gorgor de los pajarrillos, el arrullo de la paloma, la hipocresía de la cigüeña y la fidelidad del perro, y mezclando todo esto, hizo la mujer, y se la dió al hombre".

"Pero después de haber transcurrido una semana, el hombre fue a ver a los dios y le dijo: Señor, la criatura que me habéis dado ha hecho mi vida miserable. Es una incansable habladora y me fastidia hasta no poder una constante atención: ocupa todo mi tiempo, llora por nada y está siempre ociosa; por estas razones he venido a devolvérsela, pues yo no puedo vivir con ella". "En vista de esto Twashtri le dijo: muy bien; y se hizo cargo otra vez de la mujer". "Después de transcurrir otra semana, volvió de nuevo el hombre y le dijo: señor, siento que mi vida es muy solitaria desde que os he devuelto esa criatura. Ahora recuerdo que ella solía bailar y cantar para mí, y que su risa era como la música — que su hermosura era seductora

se sentiría feliz si pudiera verme. Marcia no pudo hablar por un momento. —¿La casa de tu abuelo? ¿Aquí? ¡Oh, Ernesto, si lo hubiera sabido! hubiera sido mucho más feliz!

—Esta era la biblioteca de mi abuelo— continuó Ernesto. —Los días más felices de mi niñez los pasé en este mismo cuarto. Miró a Marcia y le acarició el pelo. —Y ahora tú estás aquí...

Se rió con risa nerviosa, antes de añadir: —¿Sabes lo que hago ahora, Marcia? ¡Manejo un camión de la misma compañía que fué de mi familia!

Marcia sonrió iluminada. El le dijo: —Bueno, encanto, creo que lo vamos a pasar muy bien siendo pobres juntos y viviendo en la casa vieja, ¿no es verdad? Por toda contestación ella le echó ambos brazos al cuello.

Magdalena LAMKEY

y era suavísima al tacto, por consiguiente, os ruego que me la deis nuevamente". Entonces Twashtri le dijo: muy bien, y se la entregó de nuevo.

"Pero después de haber transcurrido solo tres días, el hombre volvió otra vez y le dijo: oh, Señor —yo no sé por qué es, pero después de todo, he llegado a la conclusión de que ella es más bien una molestia que un placer para mí, por lo tanto, os ruego que la recibáis otra vez". "Al oír esto Twashtri exclamó: fuera de aquí —no quiero oír nada más sobre este asunto. Máchate y arréglate como puedas".

"El hombre al verse apremiado dijo: pero es que yo no puedo vivir con ella". "¿Tampoco puedes vivir sin ella, le replicó Twashtri y le volvió la espalda".

"Entonces el hombre, llorando tristemente exclamó: ay de mí —¿qué es lo que puedo hacer? —porque no puedo vivir con ella, ni sin ella".

Qué suerte de ese hombre, decimos nosotros; y esto, que sólo vivía con una sola, su mujer. Y si le daban, una suegra y tres cuñadas, dos sobrinas y una tia abuela; a dónde se iba con todo el cargamento.

Porque dicen los habladores, que con semejanza personal la mesa del comedor es un campo de batalla, resultando heridos los sirvientes porque la suegra y las cuñadas son unas pésimas tiradoras de platos, vasos y botellas.

Qué podrá pensar el Autor de la Creación mirando los arrestos de esta flota?

Felipe FABRE.

EN LOS DIENTES

Como los troncos de los árboles los dientes humanos registran el crecimiento y la historia patológica bajo la forma de aros que se forman con intervalos regulares. Cada cuatro días se forma un nuevo aro en los dientes de los niños. No son visibles a simple vista, pero se revelan bajo el microscopio con la ayuda de determinado tratamiento. Las enfermedades dejan su rastro por las alteraciones en la estructura de los aros formados en el curso de ellas.



Falucho

POR ATILIO D. PIANO

—Te noto preocupada, Carolina. —Lo estoy. —¿Por qué? Carolina evita la mirada de Amelia y para ello hace girar la cabeza, deteniendo la suya en un pequeño cuadro que cuelga en la pared de la habitación en que se encuentran. Al rato, responde: —Me preocupa la salud de Mario.

—¿Está enfermo? —Sí; me lo ha dicho hoy su madre. Amelia baja la cabeza y distraí damente pasa las hojas de un libro que está en su alcance. Es un pequeño tomo forrado en papel amarillo, que tiene impreso su nombre y el de su autor con grandes letras negras. —¿Tú piensas que puede ser grave su enfermedad? —Quizá. —Sin embargo... —¿Qué? —A su edad, se reacciona fácilmente.

Desde luego; se debe confiar en la fortaleza de su organismo; pero no puedo preocuparme... no puedo olvidarlo. Pasan muchos minutos de silencio. Amelia mira a Carolina, como si quisiera arrancarle un secreto, como si esperara la revelación de algo que ella no conoce. No quiere hacer más preguntas y espera, sin resultado, que su amiga exprese todo su pensamiento. En las dos mujeres se produce ese raro estado de ánimo que nos lleva bruscamente y sin razón explicable a recordar los acontecimientos y las emociones de nuestra infancia. Así, en el breve espacio de un segundo pasa rediviva por nuestro cerebro toda la existencia lejana y los hechos más nimios son los que más firmemente se presentan a nuestra imaginación. Si en ese instante quisiéramos retornar al minuto actual de la vida, nos sería imposible saber quiénes somos y a dónde de hemos llegado.

Amelia continúa mirando a Carolina y ésta no aparta su mirada del cuadro colgado en el muro. Los años en que han asistido a la escuela normal son los más ricos en emociones. Una tarde debían presentar a la profesora de labores un trabajo determinado que casi ninguna alumna se ha acordado de llevar. Capitaneadas por Amelia, las que tienen el trabajo realizado resuelven ocultarlo y decir a la profesora que ninguna alumna lo ha podido hacer. Pero Hortensia Medina no conoce este plan; ocupa ella el banco que está delante de Amelia Moreno. Cuando la profesora de labores entra en el salón, Hortensia Medina coloca sobre su pupitre una caja de cartón que contiene su trabajo. Inmediatamente se vieron: lo recuerdan; eran hermanas; traían en las solapas de sus sacos demasiado estrechos un grupo de violetas que siempre eran blancas; hablaban de su pasión

como si fuera la única que existiera en el mundo, como si se tratara de un incendio suficiente para devorar a la ciudad entera. No podrían vivir más si "las novias" no consentían en amariros con un ferviente cariño desesperado que no podría —¡eso no!— alcanzar la grandeza y el ardor con que ellos amaban. Sin embargo, ¡delicia de los años juveniles!, no fueron amados y no murieron y no mataron y no sintieron, siquiera, los celos más pequeños. A la semana siguiente los dos hermanos decían las mismas palabras de amor encendido a otras dos criaturas que recostaban la mirada lánguida de sus ojos soñadores sobre las infaltables violetas blancas en las solapas de sus sacos.

Carolina y Amelia saben ahora que el amor es otra cosa y se expresa de manera muy distinta. El amor no está en los labios y no dicta a borbotones palabras encendidas de pasión. El amor es un agradable desasosiego que agita de continuo el corazón; busca la paz y adora la tranquilidad; gusta de silencios largos en los que se pueda construir tranquilamente hermosos sueños y acariciar dulces anhelos; vive de esperanzas y gobierna al mundo.

Amelia está recostada sobre una magnífica piel de oso tendida en el suelo; tiene hermosos cabellos castaños y luminosos ojos aterciopelados. Es delgada y alta. Carolina se ha sentado en la misma piel en que Amelia está recostada; es rubia y un rizo de sus cabellos le cae sobre la frente en gracioso desorden. También es delgada y alta; tiene los hombros un poco anchos, lo mismo que la cintura.

Amelia continúa mirando a Carolina y Carolina no aparta su mirada del cuadro colgado en el muro.

Los años en que han asistido a la escuela normal son los más ricos en emociones. Una tarde debían presentar a la profesora de labores un trabajo determinado que casi ninguna alumna se ha acordado de llevar. Capitaneadas por Amelia, las que tienen el trabajo realizado resuelven ocultarlo y decir a la profesora que ninguna alumna lo ha podido hacer. Pero Hortensia Medina no conoce este plan; ocupa ella el banco que está delante de Amelia Moreno. Cuando la profesora de labores entra en el salón, Hortensia Medina coloca sobre su pupitre una caja de cartón que contiene su trabajo. Inmediatamente se vieron: lo recuerdan; eran hermanas; traían en las solapas de sus sacos demasiado estrechos un grupo de violetas que siempre eran blancas; hablaban de su pasión

ra entretanto continúa sus explicaciones y la caja permanece sobre el pupitre de Hortensia. Nuevo tirón de su trenza gruesa y rubia; esta vez Hortensia no se vuelve; tiene los brazos cruzados y espera el momento de enseñar su trabajo; otra vez Amelia tira de la trenza, y otra, y otra más, y muchas, pero Hortensia no se vuelve; cuando el dolor de los dedos de pie, mira a Amelia con los rones ya le es insoportable, se po ojos llenos de lágrimas y le dice: —¿Pero no ves que esto es más grande que el cajón del pupitre? ¿Dónde quieres que lo oculte? De este recuerdo, Amelia pasa rápidamente a este otro, más lejano.

Termina ya el ciclo escolar; ella y Carolina son alumnas de primer grado inferior. Sus padres pasan en esos momentos por una situación angustiosa; no hay en su hogar más dinero que el necesario para alimentarse. Su madre, que tiene los cabellos plateados por los años, administra centavo a centavo el escaso capital. El libro de lectura que Amelia ha usado todo el curso, está roto y manchado; pide a sus padres un libro nuevo, porque el día del examen tendrá que pasar al frente de la clase y leer, y cómo hacerlo en un libro viejo? La madre quiere convencerla dulcemente de que no es posible realizar aquel gasto que echaría por tierra todas sus previsiones y comprometería quizá la alimentación de un día.

Amelia no comprende estas cosas, pero se afaja. Al rato, su madre la encuentra llorando en un rincón; quiere consolarla; la niña se desespera; y la madre —¡madre al fin!— tiene el heroísmo de apartar el diente necesario para que Amelia comiera el libro de lectura. Cuando ésta regresa de la librería, no se sabe cuál es más feliz de las dos, pero la niña no comprende por qué la madre la besa tanto y, al besarla, le moja el rostro con sus lágrimas. Al día siguiente, que es el día del examen Amelia va orgullosa y feliz a la escuela. Nerviosamente espera el momento en que la maestra tra la llame a leer. Frente a todas sus compañeras ella abrirá su librito nuevo y los ojos de la maestra se detendrán en él; ella lo tomará con una sola mano, la izquierda, y leerá lentamente, prolongando todo lo posible el placer infinito que ha de experimentar. Pero las horas pasan y el examen no se realiza. Cuando ya está a punto de terminar el trabajo escolar, la maestra comienza a llamar a las alumnas, una después de otra y les entrega el certificado de estudios que las autoriza a cursar, el año siguiente, el grado superior. ¡No hubo examen! ¡Amelia no ha usado su libro nuevo!

Han pasado los años y cada vez que Amelia recuerda este episodio siente un remordimiento que le punza el corazón. Se le presenta el rostro lloroso de la madre, y piensa cuán grande debió ser el sacrificio que ésta realizara para

Amelia se mueve sobre la piel para evitar el llanto de su hija, y el libro se cae sobre la alfombra. Entonces, Carolina vuelve el rostro y repite lo que ha dicho anteriormente: —No puedo olvidarlo.

Son maestras en una misma escuela. Carolina atiende a los chicos de primer grado; Amelia a los de quinto. Aquella continúa: —Tú lo conoces; ¡tan morocho y tan vivo! Es siempre el primero en responder cuando hago una pregunta. Es nervioso, activo; una lamita de inteligencia se agita de continuo en sus ojos. Le he sentado en el primer banco, porque me gusta su cara redonda, con la nariz demasado pequeña y los labios gruesos. —Sanará. —Sí; es necesario que sane. ¡Qué horror si así no ocurriera! A veces, le pongo mi mano sobre sus cabellos rizados y él, que no está quieto un segundo, se queda inmóvil como una estatua gustando mi caricia. —¿Le quieres? —Como si fuera un hermanito menor. Los quiero a todos mis pobres inocentes, pero a éste... ¡Si tú supieras, Amelia! Porque su piel es oscura, los compañeros le llaman Falucho. El acoge este mote sin violentas, sin enojos; diríase que agrada de él sonreír cada vez que se oye llamar así. Al sonreír muestra la hilera doble de sus dientes blancos, perfectamente alineados. —¡Verdad que le quieres! —¿Recuerdas la fiesta de hace un mes en nuestra escuela? Bueno; él llegó con un gran cuello blanco sobre su blusa marinera, un cuello almidonado que le cubría casi toda la espalda. Y, además, ¡imagínate!, se había cubierto las manitas con guantes de cabritilla. Cuando sus compañeros le vieron, comenzaron a decir: Falucho con guantes... Falucho con guantes...

—Pobrecito. —¿Y ahora enfermo! Su madre lloraba cuando me lo anunció. Imagínate con esa su carita oscura sobre la almohada blanca, devorado por la fiebre, pensando acaso en sus deberes, en su escuela, en su maestra. ¡Y su maestra soy yo!

Carolina Batilana visita a su alumno enfermo. Es un hogar humilde de extremada limpieza. La madre de Mario la hace pasar a la habitación donde éste descansa. Carolina entra en puntas de pie; se sienta sobre la colcha, la acaricia; él abre los ojos trabajosamente; los tiene mojados como si llorara. Carolina se inclina; le besa la frente. Con una voz apenas perceptible dice el niño: —Señorita...

No puede continuar porque le faltan las fuerzas y vuelve a cerrar los ojos. Carolina saca de su cartera un pañuelo bordado y se los seca. La madre se afaja llorando y, entonces, Carolina se acerca más a su alumno y besa sus labios rojos con los labios gruesos de Mario. Así se queda un largo rato porque quiere dar

(Sigue a la página 17)



(Continuación)

Como de ordinario, en el intervalo se hicieron las usuales reuniones en el gran hall; Pete fumó un par de cigarrillos, descubrió aquí a un periodista conocido, allá a un cliente; abordaron diversos temas y volvieron a la sala al reanudar la función.

Una vez que ésta terminó, esperaron la llegada de un taxi. El público se disputó los primeros. Pete llamó a Manning la atención sobre alguien. Era la muchacha del bar clandestino que no podía vivir con mil dólares mensuales. Llevaba un tapado de armiño y un hermoso brazaletes de oro. Su acompañante, un hombrillo moreno y ya entrado en años, sería, seguramente, el tal Blenheim.

Otros teatros y cines estaban ya vacíos. Pete tenía por el brazo a Betty. Una pareja vino hacia ellos, en momentos en que llegaba el coche de Manning.

—Adelante —instó Bill. Betty se abrió paso, seguida por Pete. Este oyó una exclamación lanzada por la muchacha que venía hacia ellos y presintió que el alto taco de Betty había estampado su marca en el empeño de la joven. Betty siguió avanzando, sin preocuparse; una ráfaga deshielo ligeramente su peinado, lo cual, evidentemente, la desconsoló. ¿Por qué no se apartaría la gente del paso de los demás? Pete le soltó el brazo y la contempló estupefacto. Percibió una palabra de protesta del hombre que acompañaba a la muchacha que recibió el fuerte pisotón.

Pete había concurrido a muchos estrenos. Pero el que acababa de finalizar era muy diferente a los otros. Allí se adivinaba el drama. El espectáculo fue excelente, y la concurrencia tan bien vestida y despreocupada como habitualmente. Pero los rostros y los gestos que se observaban a la salida hablaban con elocuencia del pálico que a todos agitaba.

Cuando llegó al vehículo, ya Betty estaba en el interior, empujándose.

—Adúrese, rezagado —le dijo.

El la miró un momento. Había estado a punto de amarla, podía decir que ya la amaba un poco; era una mujer bonita y excitante. Pero... Lentamente, mientras los demás se ubicaban en el vehículo arrancaba, murmuró:

—¿Sabía usted que casi le quise tra el pie a aquella muchacha? Yo creo que todavía debe estar apoyada contra el muro...

—¿Era un pie bonito? —preguntó Betty, frívolamente. —¿A que no se le ocurrió ofrecerle ayuda? — Los demás comentaban la obra que acababan de ver. De pronto, Rita hizo funcionar su encendedor automático. Una llamita como de un volcán en miniatura osciló un instante. — Dame un cigarrillo, Rita —pidió Betty, extendiendo una mano de uñas prolijamente esmaltadas.

Manning iba adelante; Hoskins y Pete en los pequeños asientos, frente a las tres mujeres. Pete

púsose serio. Y Betty exclamó, algo molesta:

—La culpa fué de ella, por haberse interpuesto en mi camino, ¿verdad?

Pete dedujo entonces que Betty lo había hecho deliberadamente. Era la rudeza corriente, la desconsideración de los privilegiados de la vida hacia los que creían ocupaban una menor escala social; la suficiencia de los que disponían de efectivo. En fin, después de todo quizá aquello no tuviera tanta importancia.

Fueron a un club nocturno. Mientras las mujeres pasaban al vestuario, salió uno de los propietarios al encuentro de los hombres.

El club nocturno era nuevo sólo de nombre, puesto que tanto los concurrentes como las instalaciones y decorados eran ya conocidos. Así, pues, nada tiene de extraño que Pete se aburriera allí.

Afortunadamente, poco tardaron en salir hacia la casa de los Hoskins.

—Todavía es temprano —dijo Betty, una vez que dejaron a los otros compañeros en sus domicilios—. ¿Por qué no se viene con nosotros, Pete?

Pero éste se excusó alegando que estaba rendido. Lo llevaron hasta su departamento y el auto móvil siguió luego su marcha. Pete ascendió las escaleras bajo una terrible y desacomunada sensación de aburrimiento.

El domingo se presentó tan monótono como siempre. La ciudad, silenciosa, semejava un lagarto tomando el sol.

Allá en su humilde pero cómoda casita de Flatbush, en Brooklyn, en cuyo pequeño jardín crecían los esbeltos tulipanes no alzarse prematuramente Dorothy Seeley echó hacia atrás los nerviosos cabellos que caían sobre su clara frente y miró a su madre que estaba del otro lado de la mesa. Su rostro pensó ella con piedad infinita y amor casi maternal, hallábase surcado por rennentes arrugas. Dejó su silla y fué hacia él pequeña y delicada en su nitama de color escarlata brillante, se sentó sobre sus rodillas y le pasó un brazo por el cuello.

—¿Qué es lo que te preocupa, nena? —inquirió tratando de sonreírle—. Si todas estamos bien, ¿verdad? Las cosas parecen ir bien encarriladas.

Le palmeó la espalda con mano nerviosa. Nadie, ni aun Dorothy, que le quería tanto alcanzaba a comprender lo que significó para él la pérdida de su empleo. No hay tristeza mayor que la de ver se viejo y desechado de todas partes como caso inservible, máxima cuando se ha trabajado como él lo hizo.

Bien era cierto que todavía le quedaba la casa, pero ésta se hallaba hipotecada. También contaban con algunos ahorros, pero los bancos habían cerrado.

El sueldo de Dorothy era suyo. Pasaba a la madre diez dólares semanales, y habría querido darle más, pero ellos no lo admitieron. Con todo, se hubieran podido arreglar moderadamente, de disponer de los ahorros que quedaron en el banco.

El hombre dejó escapar algunas palabras incoherentes, y la hija apretó aún más su sonrosada mejilla sobre el rostro del padre. —Ah, si él pudiera trabajar! Pero no, ninguno quería emplear a un hombre de cerca de sesenta años y que por añadidura, renqueaba un tanto de una pierna que se lastimó en un astillero trabajando en el tiempo de la guerra. Nadie le

UN AMOR EN WALL STREET

recesitaba, y el hombre debía de simular su amargor y sus ansias de ser útil regando y cuidando las flores de su pequeño jardín, bebiendo de vez en cuando su vaso de cerveza y aparentando interesarse a través de los periódicos de lo que pasaba en el mundo.

Además, estaba el asunto de Sam Ketcham, pensó el padre de Dorothy, mientras ella se deslizaba de sus rodillas y marchaba hacia la pequeña y pulcra cocina. Sam amaba a Dorothy. De esto no le esbía la menor duda. Y era probable que ella también le correspondiera. Si ocurría lo peor y no les quedaba otra cosa que el sueldo de Dorothy, los muchachos no podrían casarse. Al menos por un largo tiempo. Por lo demás, aun en el caso de que contrajeran enlace, quién sabe si los patrones de ella estaban conformes en seguir empleando a una secretaria casada. El, por su parte, no admitía que una mujer pudiera atender adecuadamente su hogar teniendo que trabajar afuera. Además, era natural que quien se casara soñara con tener hijos. Y no era posible que ella sacrificara la idea.

La impaciencia de la espera amargaría y avejentaría a los jóvenes. El y su esposa constituirían un serio impedimento a su dicha. Esta preocupación martillaba constantemente el cerebro del pobre hombre.

La madre de Dorothy, allá en la cocina, secaba la vajilla. Y Dorothy la acondicionaba. Mientras trabajaba, reía y, por momentos, canturreaba. Era inquieta y alegre como un ruiseñor. Anunció que Sam vendría probablemente a cenar, si se lo permitía el trabajo.

La señora de Seeley, una rubia ya marchita, era una mujer frágil. Siempre lo fué. Dorothy había nacido por un verdadero milagro al cumplir el matrimonio sus diez años de casados. Pero no vinieron más hijos, y la buena se flora lamentó que su hija no hubiera podido contar con la compañía de un hermano. Siempre protegida, guardada y guiada, como a menudo ella misma lo decía, por la mano de su esposo, le tenía una fe absoluta. Ni aun cuando cerraron los bancos y perdió él su empleo, dejó la mujer de confiar en su marido. Algún día hallaría otro trabajo, y algún día abonaría el banco el cien por cien a sus depositantes. Tal vez al día siguiente abriera ya sus puertas.

El señor Seeley se recostó en el marco de la puerta y las contempló a ambas, al alegre pajarillo y a la mujer ya mustia. Las quería con un amor que rayaba en la locura. Y sentía un resentimiento interior contra sí mismo por no haber sabido asegurarse un bien estar positivo. Pero no fué suya la culpa. El había creído en su país, había ahorrado, había comprado su pequeña casa, pagado impuestos, votado, y hasta cumplió en sus tiempos con sus deberes de ciudadano de los Estados Unidos. Batalló rudamente, no hizo jamás daño a nadie, se abrió paso por la vida honradamente, se portó siempre como un hombre; pero las cosas cambiaron bruscamente, se hundió el piso sobre el que marchaba, y ya no fué más un hombre, sino un desocupado, que empleaba su tiempo en cultivar un miserable jardincito y que dependía de su hija para su subsistencia.

—Oh, no, eso no podía ser! ¡El no podía admitir nunca semejante estado de cosas!

Allá en el sanatorio, Harriet Perkins se hallaba sentada junto al lecho materno y sostenía entre las suyas una mano sarmentosa. En un bonito florero se marchaban lentamente las rojas rosas de Pete. El buen humor no abandonaba nunca a la enferma. Con los ojos deslumbrantes de satisfacción, musitó:

—El señor Manning es una excelente persona. Muy humanitario. Me prometió que desde hoy se haría cargo de las cuentas del sanatorio.

Freed, el muchachito de la oficina, miembro de una numerosa familia que había sentado sus reales en una casucha del Bronx, dio una bofetada a su hermanita, arrancó de las manos de su hermano mayor la sección cómica del periódico, se tendió en el suelo boca abajo y comenzó a saborear las travesuras de "El capitán y sus dos sobrinos", "Las aventuras del detective Dick Tracy" y "Las desventuras de Ana, la huerfanita". Su madre, de rostro redondo y boñachón, sentada pesadamente en un sillón de mimbre, comentaba:

—Si las cadenas de almacenes no dan crédito...

El padre Fred, impaciente y belicoso como de costumbre, interrumpió su lectura y recalcó, observando a su cara mitad por encima de sus anteojos:

—Ya lo darán, mujer; ya lo darán.

Fuó una suerte dió la señora de Braun, que a Freddie le pazaran el viernes. A continuación clavó sus ojillos en Otto, un año y medio mayor que Freddie. Otto trabajaba en el departamento de embarque de la firma Marcy's, donde habían anunciado que no pagarían hasta la próxima semana.

—¡Bah!, todo se arreglará—dijo Braun—. ¿Acaso no tendremos un new ideal?

En su mansión de Park Avenue, Rita Manning durmió hasta medio día. Betty, que se levantó más temprano, fué a dar un paseito por el parque. Mientras andaba pensaba en Pete Field. Fué una lástima que hubiera pasado aquella noche anterior. ¡Los hombres reparaban en cada insignificancia! Si la muchacha no hubiera sido tan bonita, seguramente no se habría fijado en ella. En fin, ya se rehabilitaría con Pete esa noche; Rita y Bill salían de modo que podía quedarse a solas con Pete.

Este, que se había llegado hasta el club para entretenerse un poco, se aburrió bien pronto, ante la cháchara trivial de los concurrentes y la atmósfera viciada que se respiraba. Todo era allí rumores, profecías, y solemnidades estudiadas. Nadie sabía en realidad nada de nada. Al salir, se encontró con el corredor de Manning y cambió con él unas palabras.

Como todavía era temprano, llegó a pie a su domicilio, pidió prestados veinte dólares a Charlie Chan y tomó un taxi hasta el garage donde dejara su propio coche para ser reparado.

—Supongo que no me dará usted un billete de cien dólares—le dijo el chofer, escamado—. Esta mañana llevé a una señora que me salió al terminar el viaje con un billete grande. ¿De dónde quieren que uno saque cambio con esta escasez de metálico?

(Continuará).

EL PASO DE LOS CONQUISTADORES

Sintió la tierra tropical un día la acerada cuchilla que su jugoso corazón hería. El regatón ferrado abrió su huella en el plástico barro y flameó el estandarte de Castilla con el que los soldados de Pizarro rubricaron su homérica epopeya. Revestidos de espumas, cual si oficiara un rito, alzó magnífico el Océano Pacífico su gigantesca loa



que oyera resonar entre las brumas por vez primera Núñez de Balboa. Y allá tras los serenos horizontes, sacudiendo su sueño de infinito, irguiéronse los montes sobre una recia espalda de granito por contemplar la hazaña de fe cristiana y español orgullo, viendo como se alzaba el sol de España al ver morir su sol Tahuantisuyo. Fué solemne el momento... Un estremecimiento de amor, de angustia, de terror acaso, recorrió desde el húmedo ribazo tropical, coronado de palmeras, hasta las altas cordilleras que atalayan el firme firmamento. Por contemplar el paso de los hombres de hierro, alzó la frente de piedra el Chimborazo, pontífice de ritos siderales, y contempló el abrazo primitivo, rugiente, que estremecía las selvas tropicales con una fuerza homérica. Era la raza ibérica que llegaba, la de Navarra, Castilla y Aragón, las mesnadas llenas de doble fé: la fé sencilla de Cristo y la fé de sus espadas. Era la raza que venció en Numancia las romanas legiones y las huestes de Francia venciera en los angostos callejones de Roncesvalles. La de Rodrigo de Vivar y sus bravos caballeros vencedores del moro que siempre dando frente al enemigo, hicieron madurar los frutos de oro en el árbol del viejo Romancero. Triana, para abrir su derrotero, la cruz de Cristo, el toledano acero y aquella fé española mezcla de santidad y orgullo fiero, que ya se eleva al cielo como una ola con Teresa de Ahumada ya enciende el quemadero con la mano del fraile Torquemada. Y al alzarse en la clara lontananza el sol de Manco-Capac, vió en su tierra el vaho de la matanza, el incendio, la guerra, la lujuria que ensaya su caricia lividinosa, la caliente espuma de la sangre y la sórdida codicia que un hosco rictus en los rostros marca, desde el Tenochtitlán de Montezuma y el Colhuacán arcaico, hasta la infortunada Cajamarca que vió apagarse el esplendor incaico.

(Sigue a la página 22)

PAGINA PARA EL HOGAR

PAREJAS CELEBRES

Aquí damos 15 nombres que jamás se pronuncian solos, yendo siempre seguidos de su compañera. Si no lo sabe, busque solución en la página 16.

- Adán y
- Romeo y
- Laurel y
- Antonio y
- Eloísa y
- Rómulo y
- Castor y
- Arlequin y
- Cain y
- Sansón y
- Filemón y
- Pierrot y
- Tristán y
- Peleas y

LA SILUETA DEL DIA

Las faldas muy amplias para los trajes de baile son las preferidas. Y esta amplitud se consigue por medio de drapeados, plizados o paños sobrepuestos. La cintura sigue siendo fina, pero la falda mientras más voluminosa, mejor.

El encaje continúa de dueño y señor de las toilettes elegantes. Se ven deliciosos trajes de tarde y noche enteramente confeccionados de encaje, o bien trajes de terciopelo o raso con paleticos, capitas o boleros de encajes.

Las combinaciones más increíbles son permitidas en materia de colores pero la que goza de mayores simpatías es la del blanco y el negro. Muy elegante resulta un traje de raso blanco con bolero de encaje negro, o una toilette toda de encaje blanco con un paletico de chifón negro.

Los sombreros han sufrido una transformación bastante grande: mientras las copas se reducen cada día más, las alas se vuelven más amplias; las capelinas tienen muchas admiradoras y las han vuelto el sombrero indispensable para el cocktail, los gardenparties y las comidas.

Rosa pálido es ahora el tono preferido de uñas. Pero otro más vivo y brillante se lleva para las fiestas y el teatro.

Flores frescas es el adorno preferido en los cabellos para los bailes y recepciones. Tiene tantas partidarias este adorno porque es muy juvenil y tentador.

Las telas de lana se han impuesto, no sólo para los trajes de calle sino para trajes de tarde y noche. Se los adorna con bordados de lentejuelas y pederrias, los que los convierten en elegantes toilettes de mucho chic.

LAS JOYAS EN PARIS

Que hay crisis en todo el mundo, que la situación financiera es cada día más penosa y difícil, oímos decir todos los días, leemos tales noticias en todos los periódicos; y, sin embargo, evidentes demostraciones de lo contrario nos da la moda imperante que nos demuestra todo el fausto de la joyería moderna que impone a las elegantes en jovas auténticas con valores fantásticos que causan vértigo.

Aquí tenemos, en la última exposición de M. Chanel, las joyas que están llevando las elegantes parisinas que, por ahora, no admiten más pederria que el brillante diáfano y puro de facetas magníficamente talladas. Para todas las ocasiones hay una joya especial: para las grandes soires las diademas de diamantes, un cometa lindísimo que se enrolla al cuello, un lavalliere de tres sartas terminando en gracioso la



Mrs. ROOSEVELT, la esposa del Presidente de los Estados Unidos, Mr. Franklin Delano Roosevelt es la dama norteamericana que más ha viajado. Por esto, los periódicos de su país, le hacen bromas expresando que dicha señora es como el aire: está en todas partes. Los intereses de la esposa del Presidente son variados y caritativos. En Boston (izquierda) visita un hospital de niños. Con las girls scouts en la fiesta del árbol (derecha). La señora Roosevelt, gracias a sus viajes en aeroplano, visita varias ciudades en un mismo día.

zo al frente, brazaletes y pulseras que son toda una maravilla y alcanzan avalúos portentosos.

Los comentaristas de esta moda y aun los mismos fabricantes y creadores de joyería tan valiosa, se permiten hacer ciertas advertencias a quienes han de usar joyas tan espléndidas porque—dicen—sus joyas desmerecerían si quienes las llevaran no estuvieran acordes con las exigencias que aquéllas implican.

Efectivamente, las mujeres adineradas, las que no saben nada de la crisis reinante, las que tienen fortunas que no han sido afectadas por la crisis del mundo, que andan a caza de todo lo que pueda realizar su hermosura gastándose cuantiosas sumas en ropajes suntuosos y en especialidades de belleza.

TIENE USTED UNA LINDA NUCA?

Para juzgarse a sí misma, deténgase delante de un espejo de tres cuernos. Levante su cabello hacia arriba de la cabeza y observe atentamente el nacimiento de su cabello. ¿Qué aspecto presenta?

1o.—Si la nuca es muy alargada no quiere decir que vuestro cuello sea largo pero sí, que vuestro pelo no comienza encima del nivel del lóbulo de la oreja. Si el contorno de las cejas es muy alargado, no las descubra de ninguna manera.

2o.—Si la nuca es muy corta, esto no significa que el cuello sea corto, pero sí, que nuestro cabello nace esta vez desde muy abajo. ¿Cómo remediarlo? Hacerse denitar.

El cuidado de la nuca.

Antes y después de depilarse no se debe locionar con alcohol de 90 grados. En caso de que se enrojeciera el cuello, no os inquietéis untaos en la noche con crema suavizante, o con un poco de pomada de óxido de zinc y empolvaos con talco esterilizado; también se puede usar polvos de mofil.

Para que vuestra nuca esté

siempre bien y permita realizar un lindo peinado insistid en escobillar cotidianamente el pelo, haciéndos un masaje al cuero cabelludo, procedimiento que ya deben conocerlo nuestras lectoras. Si con arte podéis delinear en la nuca la curva ideal, ayudado a la naturaleza, no hay más que hacerlo y poner todo de vuestra parte, observando los consejos que aquí damos.

PARA PERFUMAR LAS HABITACIONES

Puede perfumar sus habitaciones preparando zahumero con olor a violeta, con la siguiente mezcla:

Carbón de madera, 75 gramos; Nitrito de soda, 2 gramos; Bálsamo de tolú, 5 gramos; Esencia de violetas, 1 gramo; Goma tragacanto, 17 gramos.

Se hace un mucilago agregando agua a la goma tragacanto, y en ella se añaden, reducidas a polvo muy fino, las materias sólidas y luego las esencias. Se amasa bien la pasta y luego se extiende sobre un mármol, cortando pequeñas pastillas del tamaño y forma que desee; una vez secas se pueden emplear los zahumerios.

PLATOS SELECTOS Empanaditas de batata

Medio kilo de harina, tres cuartos de taza de aceite, seis cucharadas de azúcar, 1 cucharadita de polvos de hornear, tres cuartos de taza de leche 3 huevos.

Se mezclan la harina, el azúcar y los polvos de hornear. En el centro de esto se ponen los huevos, el aceite y la leche, se trabaja bien la masa y en seguida se estira con el rodillo y se cortan redondelas del tamaño que se quiera. Se rellenan con dulce de batata y se cuecen en el horno, se sirven calientes y quedan muy ricas.

Naranjas con licor

Se pelan las naranjas de trecho en trecho y se echan en seguida a cocer. Cuando estén blandas se echan en agua fresca. Se hace

un almibar con dos libras de azúcar y cuando esté grueso, se echan las naranjas a hervir por veinte minutos. En seguida se retiran del fuego y se les agrega una copita de kirsch. Se colocan las naranjas, en una comotera, se cubren con crema chantilly batida con azúcar y vainilla y se espolvorean encima con nueces peladas tostadas y molidas.

Pan de huevos

5 huevos, el peso de ellos en azúcar, otro tanto de mantquilla y harina, ralladura de limón y canela.

Se bate el azúcar con la mantquilla hasta dejar el batido como espuma; las cinco claras de huevo se baten como para merengue y se añaden las yemas de a una, la ralladura de limón, la canela y una cucharadita de polvos de levadura.

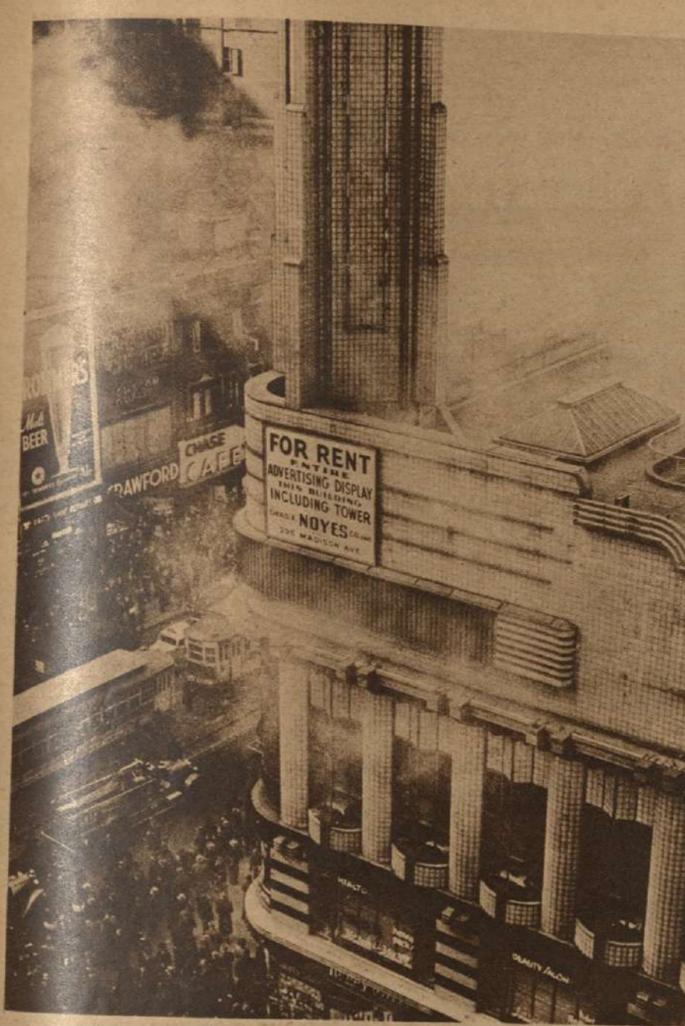
Una vez todo unido, se bate un rato se vacían en moldes untados con mantquilla y se cuecen a horno regular.

Albóndigas fritas

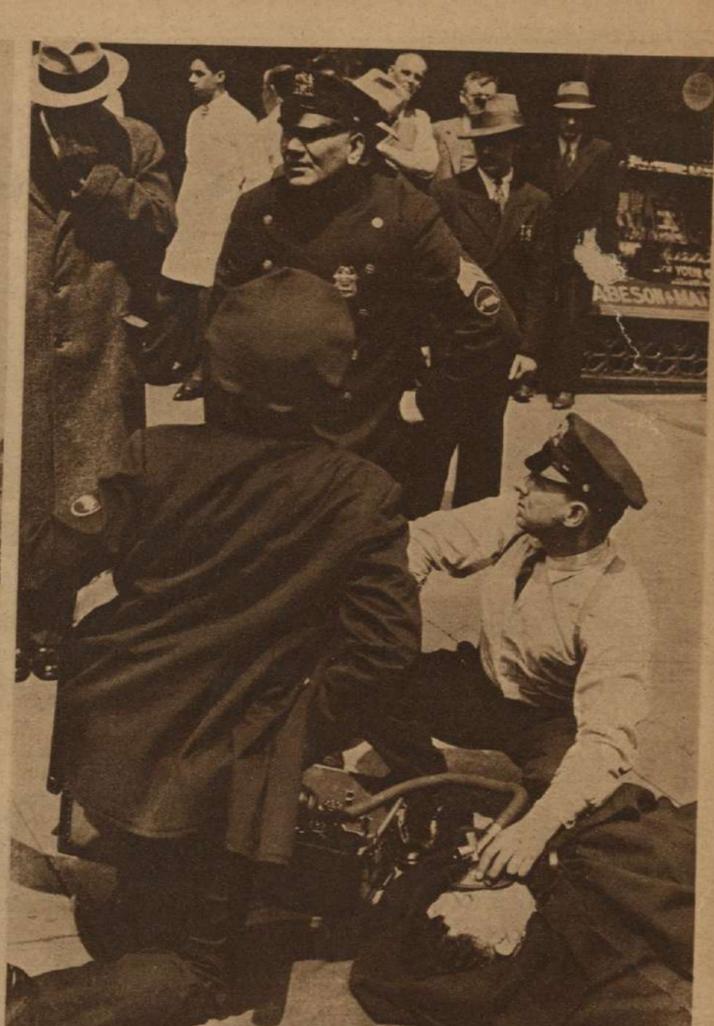
Para hacer fritas cualquier día se de estas albóndigas, se procede en la forma siguiente: una vez que se han sacado del agua hirviendo y escurrido, se pasan por huevo batido, se apañan se frien en manteca bien caliente y se sirven rodeadas de perejil frito.

GANA EL TITULO DE MODERNA VENUS. — Elise Winston, de Nueva York, con el trofeo que obtuvo al ganar el 25 concurso de la Venus Moderna celebrado en Coney Island, la populosa playa neoyorquina. Varias docenas de lindas muchachas tomaron parte en el certamen. — (Foto Acme-Editors Press).

CONEJILLO DE INDIAS EL PRACTICANTE. — He oído decir que esta inyección es muy buena. . . . Veré si es cierto.
EL PACIENTE. — Pero, doctor! Que Ud. no está seguro? . . .



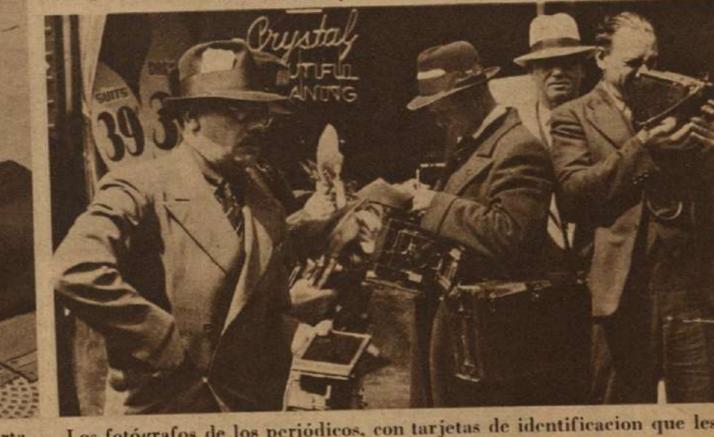
El humo es ahora denso y los bomberos comienzan a desenrollar sus mangueras aún antes de que se detengan sus vehículos. Destacamentos de policía acuden para alejar a los curiosos . . .



Uno de los bomberos, sofocado por el humo del incendio, es retirado de la zona del peligro y se le aplica la respiración artificial, mientras llega la ambulancia que le llevará al hospital.



El agente de policía continúa administrando oxígeno al bombero, a corta distancia del lugar donde sus compañeros continúan exponiendo sus vidas para sofocar la conflagración . . .



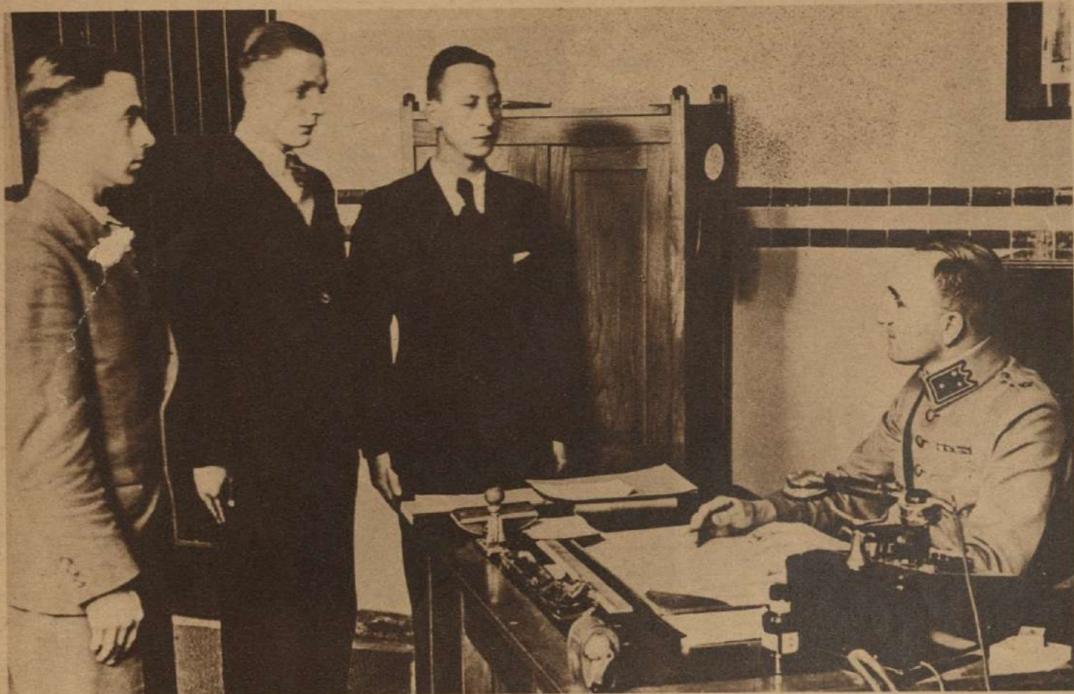
Los fotógrafos de los periódicos, con tarjetas de identificación que les permiten cruzar el cordón de policías, no pueden faltar en estos casos que mientras más serios, les resultan mejores.



La intervención oportuna y eficiente del cuerpo de bomberos ha cortado casi desde sus comienzos, lo que sin ella pudo haber llegado a ser una catástrofe como la ocurrida en Chicago hace 14 lustros.



Una de las víctimas temporales del sensacional suceso, recobra el conocimiento después de aspirar una buena dosis de oxígeno, pero sabe la pesadilla que ha sufrido le durará largo tiempo. (Authenticated News Photos)



La pacífica Holanda está aumentando sus fuerzas armadas para defender sus extensas colonias en Asia. He aquí a tres jóvenes reclutas sufriendo un examen preliminar en la ciudad de Nimega.



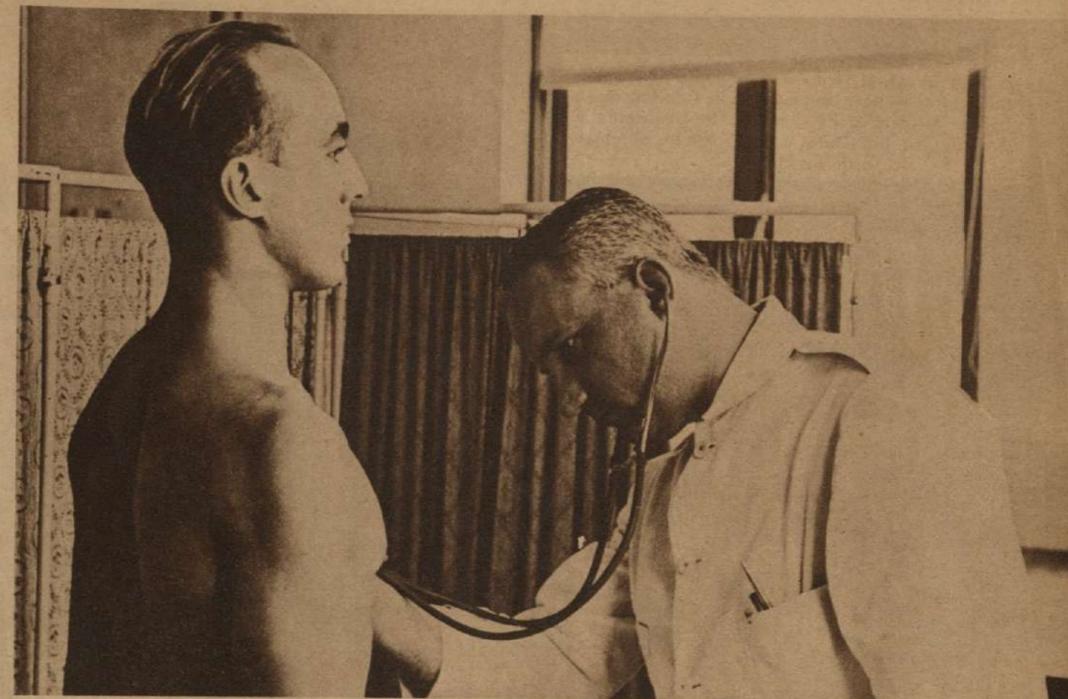
Los jóvenes reclutas reciben instrucción sobre el manejo y cuidado de las armas que han de emplear y así aprenden, por ejemplo, a desarmar y volver a armar sus rifles casi a ciegas . . .



Un grupo de oficiales de las tropas coloniales de Holanda, se hace retratar poco antes de tomar el tren para Rotterdam, desde donde continuarán su viaje para ir a prestar servicio en las Indias . . .



Civil o marcial . . .



Un voluntario sufre el examen del médico militar antes de que se le acepte como miembro de las Reservas Coloniales. Debe demostrar salud de hierro para resistir el clima de las Indias . . .



Este pelotón que irá a engrosar las fuerzas en las Indias Holandesas, comienza a ejercitarse en las largas marchas bajo el clima frío de la Metrópoli, en espera de hacerlo en los trópicos . . .



Los novales soldados coloniales cargan sus propias maletas para emprender la primera etapa de su viaje a las Indias . . .



Alegres y confiados, han tomado el tren que desde Nimega les llevará al puerto de Rotterdam. Son la crema de la juventud holandesa y se dirigen gustosos a servir a su patria en los trópicos.

(Authenticated News Photos)

Harold Lloyd, el famoso comediante de la pantalla, aparece aquí rodeado de su familia, en su lujosa residencia de Bel-Air. De izquierda a derecha, Harold, Gloria y Peggy son los nombres de los chicos.

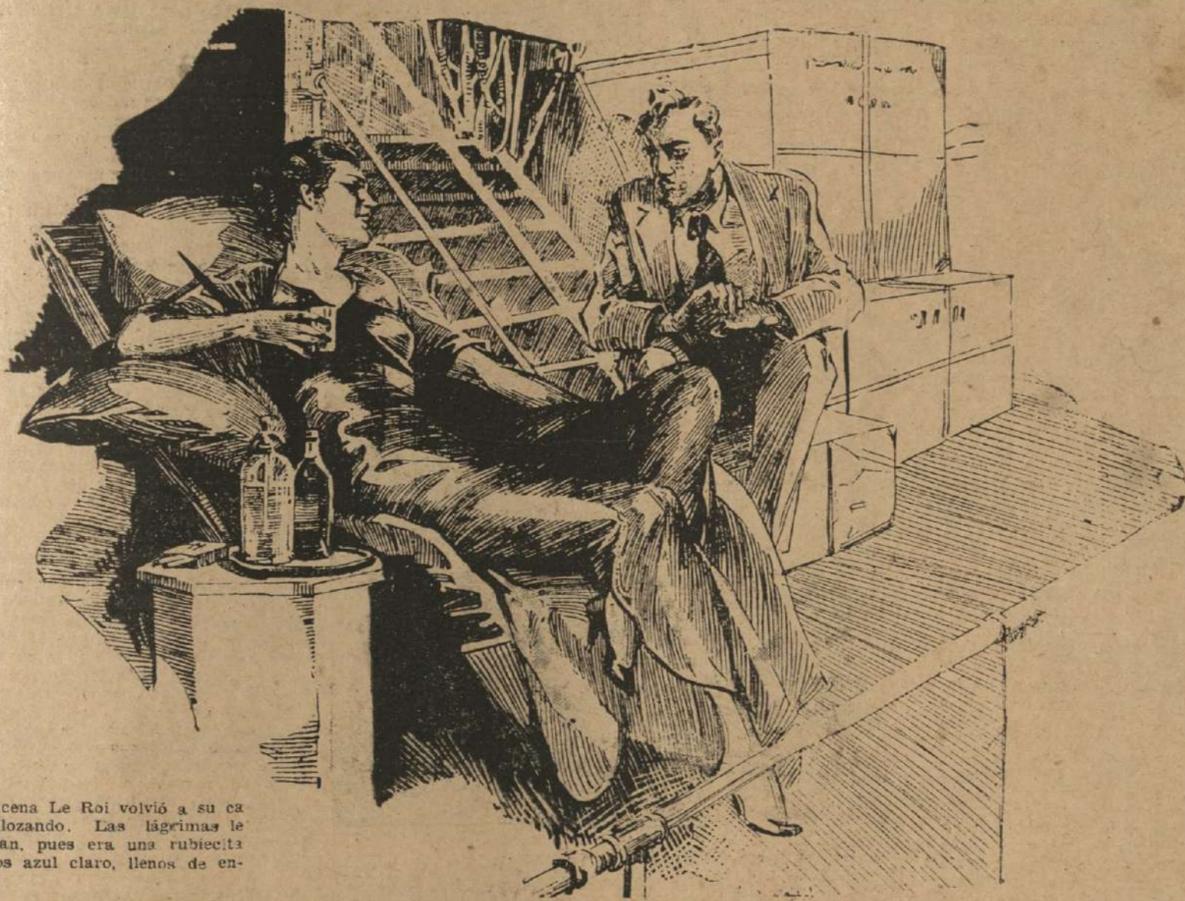


Erin Drew, se llama esta chica, nuevo descubrimiento del Cine.



Bing Crosby, famoso cancionero del Cinema, oye la canción "Small fry", ejecutada por su autor Hoagy Carmichael, y la cual será cantada por él en su próxima película.

SUCEDIO EN PARIS (CUENTO) POR BERNARD NARBOUNE



Azucena Le Roi volvió a su casa sollozando. Las lágrimas le saltaban, pues era una rubicita de ojos azul claro, llenos de encanto.

Viuda muy joven de su primer marido, murió en un accidente de aviación, ella había conservado de esa catástrofe una super-sensibilidad que su segundo marido trataba de curarle con regallitos y mimos.

El marido, Emilio Le Roi, rico industrial casado hacia apenas tres meses, se asustaba al verla tan nerviosa. Mientras le hablaba, tratando de calmarla, ella le confesó:

—He perdido mi pendantiff en un taxímetro! Una de mis mejores joyas! Qué desgraciada soy!!

La joya era un soberbio diamante rodeado de esmeraldas y perlas, uno de los pocos regalos que había recibido de su primer marido, quien era menos rico que el segundo. Aunque Emilio estaba algo celoso del recuerdo de su antecesor, encontraba el disgusto de Azucena muy natural y se esforzaba por consolarla.

—Querida —le decía tomándole la mano —ya verás como encontraremos esa joya y no te preocupes, que caso de que no la encontrásemos te regalaré otra exactamente igual.

Sus lágrimas, súbitamente, cesaron. Azucena corrió a abrazar a su marido.

—Qué generoso eres! le decía, no hay en el mundo otro hombre como tú!

Emilio emprendió una búsqueda frenética en todas las oficinas de objetos perdidos, mas todas sus diligencias fueron inútiles: la joya no se encontraba. Entonces decidió publicar en los periódicos un anuncio en el cual prometía una recompensa al que devolviese el pendantiff.

Mientras tanto las lágrimas de Azucena recomenzaron, seguidas de sus lamentaciones.

—Mi pendantiff era tan hermoso! Seguramente ha provocado la tentación de robarlo en algún

balcón... Qué desconsolada estoy! Oh! ya es imposible encontrarlo.

Transcurrió una semana y Emilio, al ver que no aparecía la joya, perdió toda esperanza de recobrarla. No le quedó otro remedio que cumplir su promesa.

Ocultando noblemente el disgusto que le causaba ese desembolso imprevisto le trajo un pendantiff a Azucena, exactamente igual al perdido, pero no sin antes decirle: —Ese dinero lo hubiera podido usar muy bien para adquirir unos Bonos del gobierno.

Pero, ante la alegría y las caricias de su esposa Emilio se sentía ya más satisfecho de haberle regalado la joya en lugar de destinar ese dinero para la compra de los Bonos. Las muestras de agradecimiento de la señora Le Roi bien valían aquel sacrificio hecho por él. Mas Emilio no sospechaba el motivo del entusiasmo de Azucena.

—Pobre Emilio! —(pensaba ella). Con tal de que no sepa jamás que el brillante del pendantiff era sólo una imitación y que su regalo vale mil veces más que el de mi primer marido!

El cambio era excelente para ella, y se alegraba sin escrúpulo.

Una tarde su doncella le anunció la visita de un hombre con gorra de chofer. Al recibirlo ella en su saloncito privado, él expresó tímidamente:

—Madame, hace días olvidé usted este objeto en mi taxi. Yo no conozco su dirección, pero vi su anuncio en el periódico y me he apresurado a traerlo.

—Seguramente él debe haber tratado de venderlo, —pensó ella —y como no le han ofrecido más que lo que vale un objeto de fantasía, ha preferido venir aquí por la recompensa.

—Escuche, le contestó Azucena; yo estoy cansada ya de esa joya. Quédese con ella y además le daré algo por la molestia que se ha tomado usted en venir hasta acá.

Y al tiempo que esto le decía, Azucena le entregaba unos cuantos francos al afortunado chofer.

Satisfechísimo el hombre, dando las gracias y bendiciendo el momento en que se le ocurrió a esa señora extraviar su pendantiff, bajó las escaleras de la casa como una exhalación, justamente en el momento en que entraba Emilio. Este preguntó a la doncella:

—Quién es ese hombre con quien me he encontrado en la escalera?

Lucía, que no estaba al corriente del asunto contestó inocentemente:

—Señor es el chofer del taxi en donde la señora perdió su pendantiff.

Ante aquellas palabras, loco de alegría, Emilio se precipita al encuentro de Azucena esperando que le anunciara el hallazgo del pendantiff; pero como el tiempo pasaba y ella nada le decía, exclamó:

—Azucena, Lucía me ha hablado de la visita que has tenido. ¿Qué suerte! Ahora me devolverás el pendantiff que te regalé para devolvérselo al joyero.

Azucena palideció y estuvo a punto de desmayarse, sintiendo necesidad de apoyarse contra una butaca. Ya estaba dispuesta a confesar todo a su marido con tal de no perder su joya, cuando de pronto, al contemplar la mirada suave y cándida de su esposo, se domina y le dice dulcemente, acompañando sus palabras con una mirada tierna y picarresca, como saben mirar las francesitas:

—Querido mío: me regalado a ese honrado chofer lo que me de-

volvía. Quizás me censures, pero he preferido hacer un sacrificio por nuestro amor. Mi antiguo pendantiff me recordaba a otro hombre; el que tú me has regalado no me hará recordar a nadie más que a tí...

Emilio, ruboroso y emocionado, tomó la cabecita rubia de Azucena entre sus manos y le dió un largo beso en la frente. Permaneció unos minutos embelesado, contemplándola mientras decía:

—No hay como una mujer para tener tanta delicadeza!

Bernard Narbouné.

PLAN PARA EMPLEAR EL COLORIDO EN EL DECORADO INTERIOR

Quando el Rojo es el color dominante:

I. — En una habitación soleada o de luz caliente:

Paredes: — rojo naranja, anaranjado, empapelado con fondo neutro y figuras en verde.

Cielo raso y acabado de madera: color oro viejo.

Cortinas: — cretona de figuras rojas.

Tapicería mayor: — crash a rayas, color arena, rojo, verde y negro.

Tapicería menor: — género rojo anaranjado.

II. En una habitación sombreada o con luz fría.

Paredes: — rosa pálido y rosa viejo.

Cielo raso y acabado de madera: rosa crema o perla.

Tapicería mayor: — rosa, fresa, azul amarillito y tapiz de algodón a rayas estrechas verdes.

Tapicería menor: — rosa.

Cortinas: cretona rojo granate con figuras rosadas.

Cortinas de vellido beige amarillito (para los cristales).

Alfombras: rosa taupe.

MESA REVUELTA

PASAT'EMPOS— ANECDOTAS— CURIOSIDADES— ACERTIJOS— CONOCIMIENTOS UTILES— FANTASIAS— PENSAMIENTOS— NICROMANCIAS— GREGUERIAS— FRIVOLIDADES.

SOLUCION AL ACERTIJO DE LA PAGINA 10

Adán y Eva.
Romeo y Julieta.
Laurel y Hardy.
Antonio y Cleopatra
Eloisa y Abelardo.
Rómulo y Remo.
Castor y Pólux.
Arlequín y Colombina.
Caín y Abel.
Sansón y Dalila.
Filemón y Baucis.
Pierrot y Pierrette.
Tristán e Isolda.
Peleas y Melisanda.

PARA LOS BOMBEROS

En el aeropuerto de Croydon, cerca de Londres, los bomberos dejan sus trajes de amianto en las autobombas. Cuando se da el alerta, ocupan los coches, que salen a toda velocidad hacia el lugar en que se ha producido un siniestro. En el curso del viaje, los bomberos visten los trajes ignífugos y se cubren la cabeza con cascos especiales. Protegidos de ese modo, pueden lanzarse en medio de las llamas para socorrer a las víctimas que podrían hallarse rodeadas por el fuego.

IDIOMA UNIVERSAL

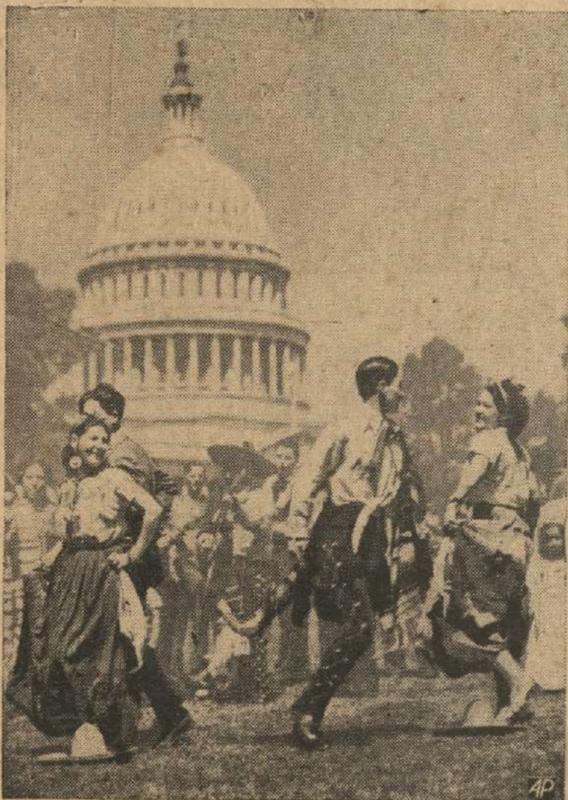
Richard Paget reúne en un extenso estudio, publicado en la revista "The Spectator", los resultados de sus investigaciones sobre la posibilidad y utilidad de un idioma universal fundado exclusivamente en los gestos. Su teoría se basa en el ejemplo de los sordomudos, que se expresan por medio de gestos muy semejantes, en cualquier país de la tierra. "Esto no significa —dice Paget— que no existan signos cuyo uso se limita a determinadas clases sociales; pero tales signos no impedirían la difusión de un lenguaje mimico universal inspirado en los gestos de los sordomudos, porque, con la difusión, siempre creciente, de los signos comunes se eliminarían automáticamente aquellos menos fáciles de ser comprendidos por la mayoría".

Por tales motivos, Paget, que considera insuficientes el esperanto y otras lenguas artificiales, ha iniciado la creación de un diccionario universal de signos que se apoyará sobre las 850 palabras del "basic english", y que servirá para traducir el pensamiento de los individuos pertenecientes a los pueblos más diversos. Según el nombrado especialista, el idioma de su invención tendrá las siguientes ventajas: 1o., puede ser aprendido con gran rapidez. Una persona inteligente es capaz de asimilar cerca de cien signos en una hora, y bastaría una jornada bien empleada para aprender todo el léxico; 2o., siendo los signos verdaderamente universales; todos los países los aceptarían; 3o., su superioridad sobre el lenguaje hablado. Los signos poseen mayor cantidad de matices, son más lógicos y más precisos en la determinación de acciones, de formas y de relaciones especiales.

Termina diciendo Paget que su idioma adquirirá particular importancia con la difusión de la televisión. En efecto, los signos transmitidos por este medio se tornarían fácilmente comprensibles para todos los pueblos de la tierra.

DIFUSION DE CIERTOS APELLIDOS

Según se desprende de una reciente estadística, viven en los Estados Unidos 1.300.000 hombres, que responden al nombre de Smith,



LA CASA DEL GOBIERNO de Washington, sirve de fondo propicio o de proscenio a estos bailarines mejicanos que se ven en la foto, que asistieron hace poco a un festival de distintas naciones, celebrado en la capital de los Estados Unidos.

1.204.000 que llaman Johnson, 684.700 Williams, 730.500 Browns, 658.900 Jones y 422.300 Wilsons. Este estado de cosas causa confusión en el Correo, y esta institución, con el fin de remediar el mal, ha propuesto a quienes llevan los nombres citados que, de ahora en adelante usen, junto al apellido, un número que los distinga. Cada Smith, cada Johnson, ha cedido una circular, en la que se les ruega se presenten a la sucursal de Correos de su barrio para recibir sus números correspondientes. De este modo, habrá: Wilson XV, Brown XIV, Jones XXII.

SOLENOTONTE

La máxima curiosidad de la fauna tropical del hemisferio occidental es el solenodonte, un curioso animal insectívoro parecido al opossum, pero más pequeño que éste y dotado de cola de rata y de trompa prensil. Los zoólogos lo clasifican en una familia, la de "solenodontidae", de la cual es el único miembro conocido. Trata de un animal sumamente primitivo, cuyo esqueleto es de estructura prehistórica. Vive en las zonas rocosas y montañosas de Haití y de Cuba solamente. El Jardín Zoológico de Nueva York posee el único ejemplar de los Estados Unidos. Fue adquirido en Santiago, República Dominicana, por 200 dólares. Hay cazadores que han pedido hasta 10.000 dólares por un solenodonte, pero nunca se ha pagado tan elevado precio.

PUDO MAS EL VICIO

En una colección de papeles de familia descubierta en Francia,

fue hallada una carta, en la cual figura un párrafo relativo a las protestas que suscitó en Alemania, en 1852, una ordenanza del jefe de policía de Berlín en la cual se prohibía fumar en la calle. Según dicha disposición, aquellos que la infringían por primera vez eran condenados a sufrir una multa de dos táleros, mientras para los reincidentes existía la amenaza de la cárcel.

Se halla muy difundida en Pomerania una leyenda que atribuye al diablo la invención del tabaco; sin embargo, la costumbre de fumar aumenta allí, como en todas partes.

A pesar de que la industria del tabaco es una de las principales de Turquía, hubo una época en que la policía del Sultán castigaba a los fumadores hundiéndoles, en forma poco suave, la pipa en las ventanas de la nariz.

En Rusia, los aficionados al tabaco eran flagelados, y quienes volvían a su costumbre se arriesgaban a sufrir, como castigo, el dolor de tener la nariz cortada.

EN EL FONDO DEL MAR SE HALLARA LA CLAVE DE MUCHOS MISTERIOS

Uno de los aspectos más interesantes de las exploraciones submarinas es el estudio del propio fondo del mar. En las estratificaciones rocosas de llanuras, valles y montañas sumergidos, se puede encontrar la clase de muchos misterios geológicos. Por ejemplo, los hombres de ciencia están divididos en dos campos en cuanto a la cuestión de la formación de los continentes. Una es-

MAQUINA PARA IMPRIMIR BOLETOS

Todos sabemos que los ferrocarriles suburbanos de las grandes ciudades deben atender en días de mingos o feriados y en las horas de cierre del comercio, una enorme cantidad de personas. El empleo de las casillas usuales con los boletos impresos resulta en esos momentos sumamente difícil, pues la elección de los distintos billetes atrasa el despacho. La industria electrotécnica alemana ha creado una máquina relativamente chica y de acción muy rápida, la cual imprime por medio de una presión digital sobre un teclado hasta 35 diferentes boletos. Este aparato clasifica automáticamente los boletos expendidos según su clase y su cantidad, por lo que se simplifica extraordinariamente la contabilidad del expendio. Mediante el empleo de esta nueva máquina, pueden ser despachados, término medio, unos 20 boletos por minuto.

PERDIO

En el Estado de Sirmur, en la India, un barbero que estaba afeitando a un cliente le contó un cuento tan gracioso que se echó a reír violentamente y la navaja le cortó la mejilla. Como la cicatriz lo desfiguraba, el cliente demandó al barbero, pidiendo 200 rupias de indemnización, pero el tribunal falló contra el querellante, expresando que el barbero cumpliera una práctica tradicional de su oficio; el cuento estaba destinado a distraer de la fastidiosa operación y el cliente debió moderar su carcajada.

PLANTAS AGRESIVAS

Crece, en el Africa del Sur, una planta que hace estornudar violentamente a quien intenta cortar le una rama. Este fenómeno es causado por el fuerte aroma irritante que despiden dicho árbol y que ataca los tejidos de la nariz.

Otra planta de la que conviene estar lejos es la Laportea, porque se halla cubierta de una especie de vello cuyo contacto produce una viva quemadura, como si se tocara un hierro candente. El escorzo que deja dura quince o más días.

En las selvas de la India existe asimismo un árbol eléctrico ("Philotacea eléctrica", que tiene la curiosa propiedad de hacer sufrir una contudente descarga a quien se atreve a arrancarle la menor hoja. Una aguja magnética, colocada a seis metros de distancia, siente la influencia de esta planta, sobre la cual nunca se posan pájaros ni insectos.

Una cueva sostiene que en alguna época estuvieron unidos por puentes de tierras sumergidas desde hace mucho tiempo; otros afirman que son como pedazos de hielo que flotan en el agua, y que lentamente van de un lugar a otro, desplazándose sobre las materias en fusión del interior del globo.

Los materiales que se saquen a la superficie, procedentes de las montañas submarinas, revelarán quizá cuál de esas hipótesis es la acertada. Si dichas cadenas fueran alguna vez los famosos puentes intercontinentales, las muestras de rocas contendrán fósiles característicos de las zonas que han estado fuera del agua.

SINGAPUR, BASE NAVAL DEL MUNDO

SINGAPUR, octubre de 1938.— Desde Singapur el Imperio británico tiene que defender a 350.000.000 de habitantes de la India. Pero con esto no termina su misión. También tiene que proteger un capital de 700.000.000 de libras esterlinas y un comercio de 1.000.000.000 de la misma moneda que pasa por el Océano Indico todos los años. Asimismo, desde Singapur, Gran Bretaña tiene que amparar a Australia y Nueva Zelanda, a los Estados Malayos y Sud Africa. Singapur es la columna vertebral del sistema defensivo británico del Lejano Oriente. En relación a su valor estratégico de 43 kilómetros por 23 de ancho. Su población asciende a 500.000 almas, de los cuales 400.000 son chinos. El comercio anual de la ciudad alcanza a 15.000.000 de libras esterlinas. El puerto es libre y los barcos que atracan a sus muelles suman 15.000.000 de toneladas todos los años. Singapur es un paso obligado para todos los viajeros y para todos los buques que vienen del Este y del Oeste. Aquí tienen que detenerse los barcos que se dirigen a China, Japón y las Indias Orientales y también los que llevan rumbo a Europa, al Africa y a la India. Por consiguiente, este es un punto privilegiado; su comercio es activo, su tráfico marítimo se asemeja al de los más importantes puertos del mundo y su situación estratégica, hace de Singapur el coloso más temible de la tierra. Su fuerza es fresca, se puede decir; desde este año recién se incorpora a la categoría de las grandes bases navales.

La temperatura normal es de 32 grados centígrados a la sombra; raras veces baja de este nivel; el calor es húmedo y sofocante. Sólo los nativos pueden resistir sin atormentarse la temperatura de Singapur. La vida para los europeos empieza recién por la tarde, cuando el sol ya se ha marchado. Los lugares de diversión abundan. Hay teatros, piletas de natación, clubs, bares donde se bebe en abundancia whisky y cerveza. Pero las calles siempre están llenas de ruido y de gente. No faltan los lugares donde se expendían drogas y se fuma opio; los "rickshaws" ruedan por las calles tumultuosas y pintorescas que visten con el atrevimiento de sus hermanas de Yanquilandia. Los mercaderes de todo el Extremo Oriente se dan cita en este puerto. Por aquí pasan sus mercaderías o aquí las venden obteniendo pingües ganancias. El vicio y la corrupción no están excluidos de la ciudad. La trata de blancas cuenta en Singapur con un mercado propicio. La urbe tiene también su Gato Negro, alegre y famoso, como otras ciudades populosas del mundo.

Artes, todo esto era un pantano insano; la jungla devoraba a los hombres; las enfermedades tropicales eran el terror de los colonizadores blancos. Hubo que secar los pantanos, sanear la región, anular la voracidad morsa de la jungla, para recién poder vivir en la isla y hacer de Singapur una ciudad febrilmente comercial y cosmopolita. En la actualidad es un lugar de turismo, y en adelante su atracción será más fuerte, obrará como un imán en la imaginación de todos los viajeros que crucen los mares asiáticos. Su nombre de base naval británica, la más importante del mundo, incitará a conocerla.

Pero no sólo los ingleses se sienten felices con Singapur. Los franceses, los holandeses y los portugueses no dejan de alegrarse con la presencia de este baluarte blanco, que, llegado el caso, se enfrentará contra todos los



AUNQUE PAREZCA MENTIRA, pero esta vaca hizo retirar al ejército inglés en unas maniobras en las cercanías de Londres. Los artilleros tomaron posiciones y la vaca tomó la suya. Los artilleros quisieron hacerla correr, pero la vaca lo hace con ellos. Y el resultado: orden del Comandante de tomar nuevas posiciones....

hombres de raza amarilla. Las Indias holandesas, la Indochina francesa y las posesiones del Portugal —desprovistas todas de una defensa adecuada— podrán protegerse ahora en Singapur. En dos mil millas a la redonda Singapur es el centro de un sistema colonial inmenso y bien poblado. Las tierras más ricas que las potencias europeas poseen en el Extremo Oriente se hallan dentro de la esfera de acción de la rabea base naval británica. Si un enemigo se apodera de las más importantes colonias de Francia, Holanda o Portugal, Singapur correría un grave peligro, pues tanto de Macao y Timor cuanto de la Indochina e Islas holandesas, la fortaleza puede ser atacada con gran ventaja. Por tal motivo, desde el punto de vista estratégico, Singapur para ser invencible, precisará contar con la cooperación mi-

litar de esas tres potencias occidentales. Sin embargo, cualquiera que visite a Singapur no hallará ningún signo que le indique que esta isla se ha convertido en una máquina diabólica de guerra. Su bahía es de un aspecto pacífico, sus muelles se embriagan de comercio y centenares de pequeñas embarcaciones, con raras registros, surcan las aguas del puerto. La ciudad ecuatorial no muestra ni una señal belicosa. Ningún viajero puede contemplar al pasar los elementos de defensa de la base. Las construcciones están perfectamente disimuladas. Sin embargo, en los grandes depósitos ocultos o en las colinas donde se despara parrama generosa la flora tropical, se encuentran las obras titánicas de la base.

Los cañones más poderosos del mundo apuntan desde Singapur;

sus calibres son de 13 y medio y 18 pulgadas; se hallan emplazados en las islas Blakang y Brani y en Changi. La base cuenta con varios aeródromos, construidos de acuerdo a los últimos adelantos de la técnica. El puerto está protegido contra cualquier sorpresa submarina; sus depósitos de viveres y municiones son cuantiosos. En la construcción de la gran obra se ha lucido la ciencia militar.

Pero no son los famosos cañones de 18 pulgadas los elementos de defensa más importantes de Singapur. En caso de guerra, los cañones solos, de tierra, sin la cooperación de una flota naval no defenderían bien los intereses británicos en el Extremo Oriente. Lo más singular de la base son, sin duda alguna, los dos diques colosales terminados recientemente, uno firme y otro flotante. Se trata de los diques más grandes del mundo; el flotante fué construido íntegramente en Inglaterra y transportado a Singapur a remolque. Este ha sido un caso de navegación extraordinaria y original. Durante largas semanas, sin proa y sin hélices, navegó desde Europa hasta el Asia, por la ruta del Cabo de Buena Esperanza. Fue un viaje lento y monótono, pero se trataba de transportar millares de toneladas de hierro, para formar la estructura naval defensiva más gigantesca del mundo. En los dos diques se pueden reparar a un mismo tiempo dos de los barcos acorazados más grandes de combate. Por lo que en este simple detalle reside todo el poder de una flota de mar. Sin astilleros no es posible que los grises gigantes marinos se alejen mucho de sus bases. Un barco necesita reparación, y en tiempo de guerra los astilleros constituyen un tesoro imprescindible. Enviar un acorazado como el Hood a los mares del Asia, sin contar con un dique donde reparar la nave en caso necesario, sería una lamentable temeridad. Por eso en estas latitudes no se ha contemplado nunca el espectáculo de una flota de grandes barcos de combate. Por otra parte, Gran Bretaña no ha tenido urgencia de enviar acorazados a las aguas del Lejano Oriente. Ninguna potencia la amenazaba. El Japón no era ni siquiera un adversario potencial de los ingleses. De ahí proviene el que por estos mares no hayan navegado sino cruceros de mediano tonelaje, fáciles de reparar en cualquier astillero pequeño. El Pacífico era el océano más seguro para Inglaterra.

Mas, con el tiempo, la situación ha variado. El rápido crecimiento del poderío japonés pone un alarmante signo de interrogación

FALUCHO

(Viene de la pág. 7)

su propia vida para que la vida de Falucho no se extinga. No se sabe de dónde esta criatura ha sacado fuerzas, pero Carolina oye distintamente que dice:

—Dos más dos, igual a cuatro. La maestra no quiere que tiemble su voz; la maestra quiere que el niño tenga la sensación de estar en clase, y dice con firmeza:

—Dos más dos, igual a cuatro; está bien, muy bien Fa...

Está a punto de decir Falucho, pero se contiene y agrega:

—Síntese, Mario. No puede soportar su dolor y le parece que se le ha tapado la garganta, de tal manera que no le es posible respirar. Deja la manita sobre la colcha y se aleja, de nuevo en puntas de pie. En la calle respira hondo pero siente que le duele el corazón.

Han pasado dos meses. La escuela está otra vez de fiesta; hay profusión de banderas y de plantas; el patio soleado está lleno de sillas alineadas que esperan a los invitados. Los alumnos van llegando en grupos, con sus delantales blancos como espuma. Son muchos; conversan entre ellos; ríen; saltan. De pronto, uno dice a su compañero: —¡Ahí viene Falucho.

Mario entra en la escuela caminando lentamente; una indefinible sonrisa vaga por sus labios gruesos, está pálido tanto, que ahora no se justificaría el sobrenombre de Falucho. Se acerca a sus compañeros pero sus ojos buscan ansiosamente, ¿qué? Buscan a "su maestra", y cuando la descubre al otro extremo del pa-

tio, su sonrisa se acentúa y lentamente camina hacia ella. Carolina le ve venir con los brazos colgando a los lados del cuerpo y con sus manos forradas en cabritilla que salen de las mangas del guardapolvo. ¡Pobrecito! No parece el mismo; está más alto, más delgado; tiene su negro cabello crespo, sus labios gruesos, sus ojos de mirada inteligente. Carolina lo besa, pero no puede decirle una sola palabra, porque de nuevo siente opresión en la garganta. Entonces le pone la mano sobre la cabeza para que él goce su caricia, como antes de enfermarse. Falucho se queda quieto, inmóvil y con sus ojos que parecen más grandes, mira a sus compañeros, uno por uno contento de encontrarse otra vez entre ellos.

—Amelia; Amelia. Es Carolina quien llama. Cuando Amelia, que está un poco distante, vuelve el rostro, ella le dice jubilosamente:

—¿Mira quien está aquí. Amelia se acerca y toma con las suyas las manitas enguantadas de Mario y le dice:

—¿Cuánto me alegra verte, Falucho.

Y luego levanta los ojos hacia su amiga; la mira un instante; le sonríe; —¿Eres de nuevo feliz Carolina.

—Sí. Un grupo de alumnos pasa cercano; uno de ellos mirando al niño inmóvil que tiene sobre su cabeza la mano de la maestra, dice gozoso: —¡Volvio Falucho. Y otro de los alumnos dice a su vez: —Falucho con guantes.

Atiño D. PIANO.

(Sigue a la pág. 22)



Lo que dice el viento

No puedo detenerme —dice en su lenguaje perfumado de acacias la brisa primaveral— pero en mi rotación incesante yo pasaba cuantas veces podía junto a aquella ventana, desde donde la niña entonaba sus canciones, unas melódicas tristes y lentas, donde parecía palpitar el sollozo. Recuerdo con qué encanto lleno de ternura yo recogía las cadencias impregnadas de melancolía, y mecia en mis ondas su voz de una dulzura inmensamente cándida. Su voz que tenía una misteriosa resonancia de otros mundos ignotos.

No puedo detenerme. Mi fluctuación inquieta es incesante y, sin embargo, junto a ella retardada he mi vuelo para soplar sobre los ojos y los labios de la niña todos los efluvios encantadores del jardín y agitarle cariñosamente los cabellos que a mi impulso le rodaban por la frente transgriencia, por su pura frente de enfermita.

El día cosía o bordaba, inclinada el débil busto sobre una tela blanca, en que sus manos iban y venían incansables, y sólo de vez en cuando levantaba los ojos de la labor para mirar con ensimismamiento arriba, siempre arriba.

En sus ojos había como una niebla de tristezas profundas, y yo, que rasgo sobre las encinas la bruma espesa y disperso los núcleos de grises nubes, no pude bonrar de su mirada aquel velo sombrío con el impulso de mis besos blandos.

Quién era esta niña siempre sola, siempre en su labor, esta niña que jamás reía y en cuyos ojos extáticos nunca vi sino un gesto de resignación muda, un vagoroso gesto de no sé qué anhelo contenido?

Sé que "Falgo" la mataba lentamente, y de día en día, según era más profundo y más terribador el perfume de las flores primaverales, y el sol dorado calentaba mi onda convirtinédola en un soplo templado donde vibraban con infinitos ecos todos los susurros, la mirada de la jovencita se perdía y se alejaba más profundamente y era más débil, más exangue la graciosa línea severa de sus labios pálidos.

Una tarde, por alegrarla, llevé hasta ella la canción de un jilguero que trinaba con toda su garganta en un rosal vecino.

Durante las primeras notas, la niña siguió con la cabeza baja inclinada en su tarea; luego extendió los brazos a lo largo de su falda negra y cruzó las manos con un gesto desesperado y cuando el pajarillo lanzaba la parte más alegre de sus melodías mi amiguita rompió a llorar; un llanto silencioso, ardiente, cuyas lá-

grimas, mareas, le iban nublando la mirada, clavada intensamente en el azul.

Otro día deshojé una rosa sobre su cabeza e hice rodar los pétalos hasta la tela blanca en que ella cosía. La niña sacudió la labor con amargura indiferente y continuó sin alzar la vista tejendo aquel bordado interminable. Esta vez me ofendió un tanto el silencioso desdén con que acogía mis ternuras y decidí no rondar más su ventana.

El estío avanzaba y en sus largos crepúsculos palpitantes de emoción voluptuosa, yo llevaba mi soplo perezosamente a través de las sendas adormecidas, y me complacía en arrancar a la tierra sus aromas intensos y maduros, y voltear con lentos giros por el espacio incendiado, donde, a través de las pesadas nubes verna-les, parecía estallar, como floraciones rojas, la luminosidad crepuscular.

Una tarde me acerqué a la ventana y, por primera vez en mucho tiempo, vi cerrados los cristales donde se reflejaba melancólicamente la luz crepuscular.

Tal estremecimiento de inquietud me agitó que doblé violentamente un arbolillo tierno, cuyas hojas iban marchitando ya el ardor canicular. Me pegué al muro, hice flotar los tallos enroscados de la hiedra y miré para dentro, pero nada pude distinguir en la oscura penumbra.

¿Se habría marchado? ¡Oh, sí! Seguramente en uno de los días en que yo reposaba pesadamente soplando, apenas, sobre las bohitas jóvenes, o arrugando el limo de los lagos medio evaporados en las siestas de sol, la niña había huido a otros parajes y yo acaso no volviera a verla más.

Muchas, muchas tardes pasé junto a la ventana muda, e hice agitarse las campanulas silenciosas que comenzaban a caer secas y arrugadas dejando en el vasto go un botón verde henchido de semillas. Y al fin, un día, cuando ya en el ardor estival comenzaban a asomar las tintas grises y rojizas de la próxima otoñada, y se iban dorando las hojas y flotaban levemente con una indecisión de agonía las últimas mariposas, no pude cortener mi ansiedad y me colé por un resacuilo.

¡Qué enorme caserón destartado y sombrío encontré! No sé cuántas estancias inhabitadas pude encontrar y por cuántos sombríos corredores aventuré mi paso. Mis ráfagas resonaban huecamente a pesar del viento que podía en pasar inadvertido, y esto fué causa de que de pronto fijera

una voz desde una habitación cercana:

—¿Quién ha dejado la puerta abierta? Hace aire por aquí.

Seguí la dirección de aquellas palabras; inflé una cortina y me entré de rondón. Había tres hombres vestidos de negro, que revolvían unos papeletes amarillentos a la luz de las bujías, cuyas llamas oscilaban a mi paso.

—Efectivamente —dijo uno de los hombres negros— ha entrado frío.

Y como cerraron la puerta, allí me quedé escuchando.

—Ve aquí —decía otro— la disposición de nuestro hermano está clarísima: "en el caso de que mi hija muriera, toda mi fortuna pasará a poder de mis hermanos". "Toda mi fortuna", lo dice bien claro. "Durante la menor edad de mi hija ellos serán sus tutores y administradores de sus bienes".

—Así es... —dijeron a un tiempo los que escuchaban.

—¿Creéis que se salvará... o que, al fin?... —interrogó el otro.

¡Oh! Qué repugnante llama de codicia le asomó a los ojos al decir esto, y con qué terrible acento de esperanza le contestó uno de sus interlocutores:

—No sé; la niña es débil... Aguardemos a que haga su labor la excesiva crudeza del otoño...

Mi indignación hizo crujir los muebles y aquel ruido les asustó, haciéndoles mirar, pálidos, a los rincones ensombrecidos.

Cuando los canallas salieron al pasillo con su lio de papeles debajo del brazo, yo escapé rápidamente con una ansiedad de campo libre, de luz, de horizonte...

Sin embargo, siempre que podía pasaba por la casa, interesado por la niña, cuyo dolor aislado de huérfana entregada a la horrible rapacidad de aquellos miserables comprendía yo ahora yo que he visto morir de abandono tantas flores... Y una tarde, al pasar por el jardín, ya cubierto por los espectros de las últimas hojas y los cristales de las primeras escarchas, vi pasear agitadamente a los hombres siniestros y tomé al vuelo estas palabras:

—Hoy está peor...

—Sí; está mucho peor...

Me entré por las galerías y volví a recorrer de punta a punta el caserón. Allí en la estancia por cuya ventana yo pasé tantas veces, había un hábito de monja que me hizo retroceder. Una lamparilla brillaba en una taza, y por los cristales penetraba una claridad de crepúsculo rojizo y triste.

En la penumbra y sobre una camita blanca agonizaba la pobre niña, arrugando entre las manos flacas, de una palidez transparente y azulada, los embozos, hundida pesadamente la cabeza entre las almohadas y perdida en el techo la mirada vidriosa de sus ojos muy abiertos...

—¿Dios mío! —murmuré con una vaga sonrisa de moribundo.

—¿Parece que ha entrado algún amigo?

Fuí hasta su cabecera abando-

nada de todo amor, y como en aquellas tardes primaverales en que la oía cantar melodías tristes y lejanas, inclinada sobre su labor interminable, le agité amorosamente junto a las sienas húmedas y palpitantes de fiebre los pobres rizos de sus cabellos...

No volví. Su entierro pasó por caminos helados y ráfagas de cierzo inclemente agitaban la cajita blanca que se destacaba entre el cortejo obscuro y silencioso, como sobre las olas nocturnas un bajel bañado de luna. La acompañé soplando sobre su tumba aquella noche primera de su descanso eterno.

Cuando la nieve caía en copos espesos, yo la esparcía sobre otras sepulturas para que el frío no calase sus huesecitos débiles, y arrastraba hacia allí cuantas semillas encontraba, guardándolas celosamente para que germinasen por la primavera. Pero nadie más que yo fui a visitarla, y como ninguna lápida lo indica, nadie sino yo conozco, en el terreno del cementerio, cuál es el sitio que ocupa su tumba, sobre la que nunca ha caído una lágrima.

Es decir... nunca, no. Cierta día sentí nostalgia de aquella casa donde la conocí, de la alcoba donde la vi por última vez, y allí me fui, recorriendo con paso melancólico las vastas estancias. Noté que de pronto mi onda se caldeaba y se enrarecía por la presencia de un buen fuego, y escuché ruido de voces animadas. Entré. Eran los hombres enlutados, los tres hombres sombríos que descifraban unos papeles llenos de números al lado de la chimenea, que les iluminaba rojamente.

Tanto en fincas rurales —de cía uno de ellos— tanto en tierras tanto en efectos...

Me acometió el anhelo de venganza; ascendí por el hueco de la chimenea, y desde arriba, en remolino formidable, volví a entubarla y soplé violentamente sobre el leño medio calcinado.

Un torbellino de humo muy negro invadió la estancia, les envolvió el rostro, les llenó las gargantas de tos y de sus ojos, aquellos ojos secos y fríos, que tenían el brillo febril del metal, hice correr lágrimas, que evaporé y llevé conmigo, como un depósito precioso, hasta la tumba de la huérfanita donde nunca descendiera el rocío de amor.

—Toma, hija mía —murmuré, dejándolas caer sobre la tierra.— También por tí han llorado...

Creo que ella lo ha creído y se ha alegrado... ¿Que Dios me perdone la mentira!

Matilde MUSOZ.

VISITA ENTRE FAMILIARES

—¿Así que usted es el hombre más viejo del pueblo?

—No, señor; es mi padre que tiene noventa y cinco años.

—¿Y podría ver a su padre?

—Ahora no, porque acaba de ir a visitar a mi abuelo.

ULTIMAS PALPITACIONES DEL VIVIR SOCIAL PORTEÑO



Con motivo de la celebración de la magna fecha de los guayaquileños, el 9 de octubre de 1920, el M. I. Concejo de este puerto, organizó un concurso de Madras de Barrio, para que ellas prestigiaran y solemnizaran las diversas festividades octubrinas. Aquí en esta foto, tomada especialmente para SEMANA GRAFICA, se puede apreciar a las bellas Madras de Barrio, en unión del señor Asistido G. Garay, Presidente del Ayuntamiento porteño, a quien lo vemos al centro de la foto, y del señor Francisco Caklerón, Concejal.

El martes en la noche, en el comedor del Club Metropolitano, fue servido un banquete, ofrecido por un grupo de socios y amigos, en honor del señor doctor don Francisco Arizaga Luque, Presidente de la Honorable Asamblea Constituyente.

Este acto, que contó con numerosas adhesiones, se prolongó hasta avanzadas horas de la noche, en medio de la mayor cordialidad y buen humor, poniéndose de manifiesto en todo momento, las simpatías y el aprecio que el homenajeado doctor Arizaga Luque, goza merecidamente entre sus socios de Club y amigos.

En el transcurso del agasajo, varios de los concurrentes hicieron uso de la palabra, para enaltecer las cualidades que adornan al doctor Arizaga Luque así como para destacar la robusta personalidad, que como político, jurisperito, caballero y amigo, ha puesto siempre de manifiesto. El homenajeado, en bella improvisación, confesó agradeciendo la sincera manifestación de que era objeto.

Constituyó un éxito la reunión social deportiva que en la mañana del miércoles se llevó a cabo en los terrenos que el Guayaquil Polo Club, posee en la hacienda El Guasmo. Un regio programa deportivo, a base de dos encuentros del aristocrático deporte, entre el combinado de la sierra y de la costa, y el magnífico cocktail bailable en honor de los polistas del interior de la República, fueron los números sobresalientes con los que cerró con llave de oro, sus actividades octubrinas el entusiasmo y prestigioso Polo Club. Una concurrencia distinguida llenó las diversas tribunas que dicho centro tiene en su local social.

Después de los encuentros vino el baile que estuvo amenizado por la orquesta de los hermanos Blacio, y durante el transcurso del

mismo se sirvió un exquisito almuerzo al aire libre.

Los distinguidos esposos señor don Carlos Guzmán Aguirre y señora doña María Tous Febres Cordero de Guzmán, ofrecieron en su casa del Malecón, una espléndida fiesta íntima, a un grupo selecto de sus relaciones sociales.

En un ambiente de exquisitez y de finas atenciones de parte de los anfitriones para con sus invitados, la reunión se deslizo en un grato ambiente, retirándose los asistentes sumamente encantados de las gratas horas pasadas.

Participaron de esa fiesta las siguientes personas: Señoras: María Antonieta Pillois de Icaza de Ugoletti, Blanca Rosa Benites de Alcivar Elizalde, Consuelo Henriqueta de Ponce Luque y Gladys Estrada.

Señoritas: Margarita y Mechita Tous Febres Cordero y señores: doctor Humberto Ugoletti Danzay, Alejandro Ponce Luque, Miguel Alcivar Elizalde, Gregorio Rosales Pareja, Lorenzo Tous Febres Cordero, Francisco Guzmán Aguirre y Antonio Marcos Icaza.

En el vapor TENO de la Compañía Sud Americana que salió el día 10 del Callao, viajó rumbo a Guayaquil, la exquisita artista máxima intérprete de los poetas castellanos. Demás está el decir, la ansiedad que reina en el ambiente artístico guayaquileño, por oír a esta ilustre artista que ha recorrido el mundo en un continuo triunfo. Noches de gran gala para nuestra sociedad que gusta de todo lo que sea verdadero arte, han de ser las noches con que nos regala en el Teatro Olmedo Dalia Iñiguez, con su arte maravilloso. Tenemos conocimiento que el pedido de localidades es enorme para los tres únicos recitales que dará. El programa de su primera presenta-

ción que ya conocemos, no puede ser de más alto valor y en él, está incluido uno de nuestros más destacados poetas.

Su llegada está señalada para hoy día y ya podremos escuchar a la insigne cubana Dalia Iñiguez en nuestra ciudad pensando en lo que dice de ella el eminente escritor y periodista americano Miguel de Marcos: "Dalia Iñiguez, no es la recitadora que despiega, para el oído de los demás la fronda sonora y el juego orquestal de los versos, penetra en la poesía como un rayo de sol en el paisaje y exprime el jugo vital de los vocablos y crea sobre la emoción que vierte".

Esta embajadora del arte que nos envía Cuba, país hermano al que mucho se quiere en el Ecuador, ha de recibir de nosotros los agasajos y homenajes que como escritora eminente recitadora, y enviada oficial, se merece.

Celebraron su fiesta onomástica las siguientes personas de nuestra sociedad: señoras Pilar Estrada Icaza de Gallardo Córdova, Pilar Aycant de Aguilera Cevallos y Pilar Grau de Ríos.

Señoritas: Pilar Quintero, Pilar Baquerizo Avellán, Nifitas: Pilar Castillo Barredo, Pilar Guillén Palacios y Pilar Arizaga Murillo.

Festéjé su natalicio el señor don Wilfrido A. Moreno, Concejal Principal del Cantón y miembro del alto comercio de esta plaza. Con tan grato motivo, sus relaciones sociales lo cumplimentaron.

El señor doctor Alfonso M. Zamora, Ministro de la Corte Superior, y su esposa señora Rosa Ana Heredia de Zamora, ofrecieron en su residencia un te ballable en honor del Diputado señor doctor

Alfonso M. Mora y su espiritual hija señorita Leonor Mora Vintimilla, General Ricardo Villacreses Gómez, Jefe de la Cuarta Zona, y Mayor Vega Dávila, Jefe de Estado Mayor, al cual concurrieron distinguidas personas de nuestro mundo social.

Pocas veces se ha hecho tanto derroche de alegría como en la hermosa fiesta del Country Club, realizada el sábado pasado. Bajo un cielo estrellado y a los epilépticos ritmos de la Banda del Cotton Club, desarrollóse el baile en la terraza engalanada con flores y reflectores multicolores. Un bien provisto bar y un espléndido buffet. En los salones del club la orquesta Blacio dejaba oír el ritmo compás de las rumbas cubanas. Fémias elegantemente atavizadas con relucientes joyas y perfiles exquisitos y caballeros vestidos con irreprochable frac.

Bella noche tropical bañada con los rayos de la luna. La animación crecía aceleradamente y las parejas se animaban al compás de las estridencias del jazz.

Hubo oportunidad de ver la loca danza que hicieron los negros del Harlem con sus parejas de ébano, como también la Estrella Negra cantó sus locos fox.

Fiesta inolvidable, fiesta muy nuestra, música, flores, belleza, perfumes, licores y sugestiva noche de luna con cielo estrellado. Galantes frases de amor, alegría infirata, cantos exóticos, verdadera noche de placer.

Fiesta como esta rara vez se volverán a vivir, donde reinó la cultura y la sana alegría de jóvenes y viejos corazones.

BREVES ASPECTOS DEL VIVIR SOCIAL DE GUAYAQUIL



Interesante vista impresionada en el salón de honor del Palacio Militar, una vez que finalizó el desfile cívico-militar y en el que se lucieron todos los guayaquileños que integran los plantones cívicos y los batallones de Guardias Nacionales. En la foto aparecen los Magistrados que presenciarán el acto de civismo patrio, rodeados de los funcionarios públicos, civiles y militares, así como de otras personas que acudieron invitadas por el Comando Militar de la plaza. En primer término se ve al señor doctor Francisco Arizaga Luque, Presidente de la H. Asamblea Constituyente y quien tiene a su derecha a los señores: doctor Leopoldo Izquieta Pérez, Ministro de Educación y General don Ricardo Villacreses Gómez, Jefe de la IV Zona Militar; y a su izquierda a sus colegas de la H. Asamblea, Mayor Luis Benigno Gallegos e Ingeniero doctor Alberto Suárez Dávila.

Con gentía gratitud se recordó el CXVIII aniversario de la épica jornada libertaria realizada en Guayaquil, por un grupo de valientes patriotas que nos libertaron del yugo español y cuyo acto sirvió para estabilizar más tarde la Independencia de la Gran Colombia. Su conmemoración, pues, fue digna del acto heroico ejecutado el Nueve de Octubre de 1820 y la ciudad vistió con sus mejores galas, rindiendo así su homenaje de admiración a los gloriosos vencedores.

Prosiguen con entusiasmo los preparativos para el Gran Festival Azul, organizado por las damas del comité del "Ajuar del Niño", y que lo preside la señora doña Carlota Reinberg de Maulme, con el objeto de recolectar fondos para esa institución de caridad.

Este festival se llevará cabo en el American Park el sábado 22 del corriente.

Habrà entre otras, las siguientes atracciones: Una novedad fantástica será la "Gran Guerra Ruso-Japonesa", que culminará con la toma de Puerto Arturo. Este número será ejecutado en la Piscina con petardos, fuegos artificiales, etc. Otro de lo más sensacional será el "Joven Holandés Volador" (sin ser aviador).

Hay mucho interés por el concurso de patines para el que hay gran cantidad de inscritos. Si Ud. desea inscribirse, hágalo hasta el día 20, llamando al número 1857, casa de la señora Presidenta del "Ajuar del Niño".

En días pasados, emprendieron viaje al balneario de Playas, en numerosos automóviles los representantes de la Asamblea Constituyente, diputados señores doctor Alfonso M. Mora e hija, señorita Leonor Mora; Mayor Luis Benigno Gallegos e Ingeniero don Alberto Suárez Dávila; los Ministros de Previsión Social y Educación, doctor Rafael Quevedo Coronel y señora Lucía Quevedo Coronel y niños y doctor Leopoldo Izquieta Pérez; el Gobernador de la Provincia, doctor José Ramón Boloña, señora Rosa Blanca de Boloña e hija Amalia; el Jefe de la IV Zona Militar General Ricardo Villacreses, el Jefe Político del cantón, señor Carlos Reinberg Tyler, señorita Beatriz Traversari, los miembros de la corporación municipal señores Asisclo G. Garay, Wilfrido A. Moreno y sus dos hijos; don Manuel Eduardo

Castillo y Castillo y señora; José I. Guzmán, Efraín Suárez Alvarado, Carlos León Pérez, doctor Enrique Boloña R., Francisco A. Calderón e hija señorita Pan chita Calderón Sotomayor, Ingeniero Ignacio Granja Saona, doctor Julio Matz, doctor Héctor Romero M. y doctor Alfonso Legarda.

Los señores asambleístas, los dos Secretarios de Estado, los altos funcionarios de la Administración provincial y los representantes del Cabildo Guayaquileño, se dirigieron a dicho balneario en viaje de recreo, invitados por el Presidente del Municipio señor Asisclo G. Garay, quien les ofreció un agasajo en la Villa Adeodato, consistente en un almuerzo.

Este almuerzo les fué servido a los citados viajeros, en la mencionada villa, de propiedad de la señora María Luisa de Sotomayor, quien colmó de atenciones a los Diputados, Ministros, Concejales y más personas, los que se mostraron agradecidos por las deferencias que les fueron dispensadas por la señora de Sotomayor.

Durante el almuerzo, hizo uso

de la palabra el doctor Romero Menéndez, quien a nombre del Concejo, ofreció el almuerzo, habiendo correspondido en galanas frases el diputado doctor Mora y el Mayor Gallegos.

Los alumnos de los Colegios Vicente Rocafuerte, Guayaquil, Liceo América, Colegio Olmedo e Instituto Nacional, por medio de algunos jóvenes que los representaban, estuvieron presentes en el baile que les dió el I. Concejo Cantonal en honor de las festividades de Octubre.

El Concejal señor Francisco Calderón hizo las atenciones de estilo a la numerosa juventud, acompañada por el Secretario de Comisiones y varios empleados municipales.

También asistieron a este acto las Madrisas de Barrio, las mismas que fueron cumplimentadas por la numerosa concurrencia. Se danzó alegremente, al compás de dos orquestas que no escatimaban sus aires musicales para so-laz de la juventud.

El martes regresaron de Quito

el Ilmo. Obispo de Guayaquil, Monseñor José Félix Heredia, el Vicario General de la Diócesis, Rvdo. señor doctor Adolfo M. Astudillo M. y el padre jesuita doctor Francisco de Borja Kunej, quienes marcharon a dicha ciudad en misión especial religiosa, cual era la de conducir a la sede de su residencia a la Virgen Dolorosa del Colegio.

Con motivo de haber celebrado el jueves pasado, el mejor de sus días, el señor doctor don José Eduardo Molestina, Gerente de la Sucursal Mayor del Banco Central del Ecuador, fue objeto en su residencia de la calle Rocafuerte, de múltiples y sinceras manifestaciones de aprecio de parte de sus numerosas relaciones sociales que acudieron a cumplimentar al prestante banquero y exquisito caballero con tan grato motivo.

Esta amena reunión se deslizó en un ambiente de suma cordialidad, en la que el distinguido doctor Molestina prodigó de atenciones a sus visitantes, retirándose éstos luego muy complacidos de las deferencias recibidas.



Un aspecto de la mesa central, en el banquete ofrecido la noche del martes, en los comedores del Club Metropolitano, por un grupo de socios de dicha institución, al señor doctor Francisco Arizaga Luque, Presidente de la Asamblea Constituyente. Aquí aparecen, de izquierda a derecha, los señores George Sheppard, Pablo Arosemena, doctor Francisco Arizaga Luque, Alfredo Paulson, Luis Ve-naza, Aurelio Carrera Calvo y doctor Pedro P. Eguez Baquerizo.

NOTAS MAS SALIENTES DE LA VIDA SOCIAL CAPITALINA

SEMANA GRAFICA. — Guayaquil.

En el trimotor de la SEDTA, llegó a esta ciudad la imagen de la Virgen "La Dolorosa del Colegio", que fué llevada a Guayaquil por iniciativa del Obispo de esa Diócesis, Monseñor Félix Heredia, y para satisfacer el anhelo de los católicos del Puerto que se habían propuesto rendirle un fervoroso homenaje.

Personalmente vino a esta ciudad Monseñor Heredia, conduciendo a la taumaturga Imagen.

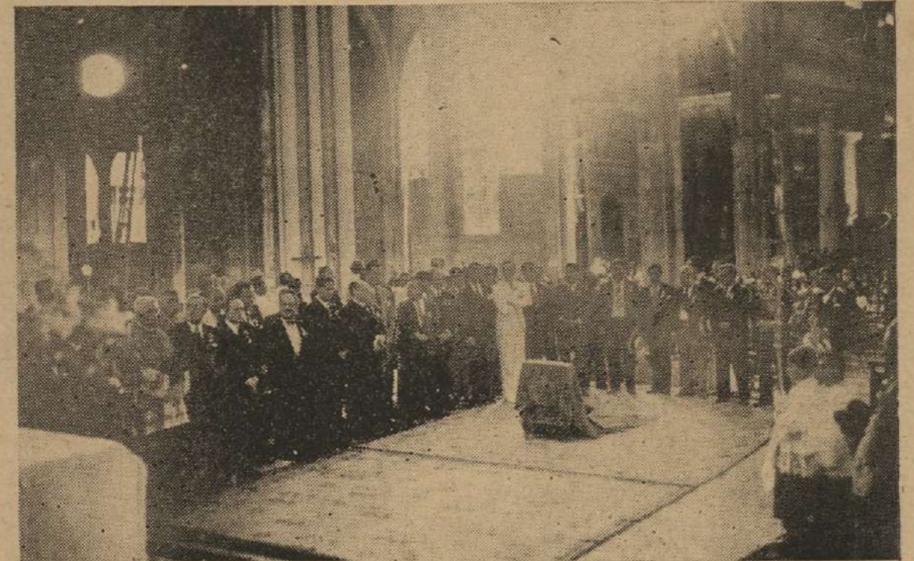
Con este motivo circularon en la ciudad unas hojas volantes, invitando al pueblo católico a brindar cariñosa y piadosa recepción a "La Dolorosa del Colegio".

Con la concurrencia del señor Presidente de la República, algunos Ministros de Estado y numerosos legisladores, las Diputaciones de la Costa y la colonia costeña residente en la Capital ofrecieron el domingo, con motivo de la conmemoración del 9 de Octubre, un brillante té bailable en los salones del Circulo Militar. Es tuvieron presentes también altos Jefes del Ejército y miembros de los círculos sociales capitalinos y oficiales.

El agasajo estuvo espléndido y la fiesta resultó elegante y cordial. La orquesta hizo las delicias de la concurrencia hasta avanzada las horas de la noche.

El Excmo. Sr. Eugen Klee, Ministro Plenipotenciario de la República, alemana ante el Gobierno del Ecuador, se ha dirigido a la Cancillería, comunicándole que ha reasumido sus altas funciones diplomáticas y que le ha sido honroso ser portador de un Mensaje de Cordialidad del Jefe del Estado alemán, señor Hitler, enviado al señor doctor Manuel María Borrero, Presidente Constitucional Interino de la República.

Se dirigieron al Puerto, con el fin de asistir a los festejos conmemorativos del Aniversario de la



Pocos momentos antes de que el Ilmo. señor Obispo de Guayaquil, Monseñor José Félix Heredia, procediera a inaugurar la parte construída del Templo de la Iglesia Catedral de esta ciudad, el 9 de Octubre, para dedicarla al servicio del culto católico, fue tomada esta foto, en la que se destacan los caballeros que actuaron de padrinos para la solemne bendición del nuevo templo.

Independencia de Guayaquil, en representación de la Asamblea Nacional: los Diputados señores doctor Francisco Arizaga Luque, Presidente; Mayor Luis Benigno Gallegos, Ingeniero Suárez Dávila y doctor Alfonso María Mora.

Esta delegación de Diputados estuvo de regreso en esta capital el día 11.

A visitar su hacienda Piñán, en Imbabura, partió el señor don Gonzalo Zaldumbide Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Lima.

Con motivo de la celebración del Día de las Américas y con a-

sistencia del señor Presidente Provisional de la República, el Club Rotario de Quito, ofreció un almuerzo el día 12 del presente, en el Hotel Savoy.

Ha contraído matrimonio civil y eclesiástico el señor Jorge Loor B. con la señorita Flora Salazar.

Partió en el trimotor de la SEDTA, el doctor Francisco Arizaga Luque, Presidente de la Asamblea Nacional.

También los señores Agustín Febres Cordero, Antonio Borrero Vega y Carlos Puig Vilazar.

Igualmente por la vía aérea se fueron los señores Gonzalo y Alfonso Flores, el señor Ricardo Torres y señora, y el señor Luis Boloña.

Partieron a Guayaquil el doctor José Gabriel Navarro y el H. doctor Terán Coronel.

Por la misma vía partió el señor Enrique C. Borja y la señora Isabel del Alcázar de P.

Partieron con dirección a Ibarra el señor José Antonio Bueno y señora, en compañía de la señora Rita Rebeca Bueno Stacey.

En autocarril expreso partieron al puerto el señor Raúl Aguirre y Mr. Roite, Vice-Cónsul de los Estados Unidos.

Partió a Riobamba el señor Alfredo Gallegos.

A Cuenca el señor Guillermo Crespo y el señor Rafael Ramírez.

Ha llegado de Lima el ecuatoriano señor Angel Ortiz en goce de licencia de sus funciones de Director de una fábrica de mobiliario artístico.

Indispuesta se encuentra la señora Filomena de Borrero, esposa del señor Presidente Interino.

Alguna mejoría ha experimentado el señor Alberto Gortaire, Subsecretario de Relaciones Exteriores.

Un grupo de profesionales, ofreció un banquete, en el Hotel Savoy, en honor del señor doctor Carlos Velasco Montesdeoca, distinguido facultativo, con motivo de su retorno a esta ciudad procedente de Popayán, donde ha permanecido algún tiempo exiliado durante el Gobierno del Ingeniero Pérez.

Ante el Tribunal de Profesores del Colegio Militar rindieron sus grados de bachiller en Filosofía y Letras los Alféreces Humberto Morales, Raúl Espinosa, Oswaldo Zambrano, Jaime Solórzano y Carlos Roggerio.



En el avión de la Sedta, que descolló del aeródromo Simón Bolívar el lunes, viajó a Quito el señor Obispo de Guayaquil, Monseñor José Félix Heredia, el Rvdo. Dr. Adolfo Astudillo, Vicario de la Diócesis, el Padre F. de Borja Kunej, Hno. Salazar, del Colegio de los Jesuitas de Quito y don Fernando Drouet y su esposa, quienes aparecen en esta foto junto con el Obispo, momentos antes de emprender el viaje a la capital.

EL QUINTO, MATAR AL POBRE

Durante quince días me recluí en la habitación, rodeado de libros, de moda entonces —hará diez y seis o diez y siete años;— quiero decir, de los libros en que se trata del arte de hacer a los pueblos dichosos, buenos y ricos en veinticuatro horas. Había, pues, digerido —es decir, tragado —todas las elucubraciones de esos contratistas de la felicidad pública, de los que aconsejan a todos los pobres que se hagan esclavos y llegan a persuadirlos de que todos son reyes destronados.

No había de causar sorpresa que tuviese yo entonces, confinado en el fondo de mi intelecto, el germen oscuro de una idea superior a todas las fórmulas de buena mujer, cuyo diccionario había yo recorrido no hacía mucho. Pero no era más que la idea de una idea, algo infinitamente vago, y salí con una gran sed. Porque el gusto apasionado de las malas lecturas engendra una necesidad en proporción de aire libre y de frescos.

A punto de entrar en la taberna, un mendigo me alargó el sombrero, con una de esas miradas inolvidables que derribarían tronos si los ojos de un magnetizador hicieran madurar las uvas.

Al mismo tiempo, oí una voz que me cuchicheaba al oído, una voz que reconocí perfectamente, era la de un ángel bueno, o de un demonio bueno que me acompaña a todas partes. Puesto que Sócrates tenía su Demonio bueno, ¿por qué no había yo de tener un Ángel bueno, y por qué no tendría, como Sócrates, el honor de alcanzar mi certificado de locura, firmado por el sutil Lelut y por el avisado Baillarger?

Esta diferencia existe entre el Demonio de Sócrates y el mío; que el de Sócrates no se manifiesta sino para defender, avisar o impedir; y el mío se digna aconsejar, sugerir y persuadir. El pobre Sócrates no mantenía más que un Demonio Prohibitivo; el mío es gran afirmador. Demonio de acción, Demonio de combate.

Su voz, pues, me ha cuchicheado esto: Sólo es igual a otro quien lo demuestra, y sólo es digno de libertad quien sabe conquistarla.

Inmediatamente, me arrojé so-

bre mi mendigo. De un solo puñetazo le hinché un ojo, que en un segundo se volvió del tamaño de una pelota. Me parti una uña al romperlo los dientes, y como no me sentía con fuerza bastante, porque soy delicado de nacimiento y me he ejercitado poco en el boxeo, para matar al viejo con rapidez, le cogí con una mano la solapa del vestido, le agarré del pescuezo con la otra y empecé a sacudirle violentamente la cabeza contra la pared. He de confesar que artes había inspeccionado los alrededores de una ojeada, para comprobar que en aquel arrabal desierto me encontraba, por tiempo bastante largo, fuera del alcance de un agente de policía.

Como en seguida de un puntapié en la espalda, bastante energético para romperle los omoplatos, acogotara al débil sexagenario, me apoderé de una gruesa rama que estaba caída y le golé con la energía obstinada de los cocineros que quieren ablandar un biftec.

De repente —oh milagro!, oh goce del filósofo que comprueba lo excelente de su teoría!— ví que la vieja armazón de hueso se volvía se levantaba con energía que nunca hubiera sospechado yo en máquina tan descompuesta, y con una mirada de odio que me pareció de buen agüero, el decrepito malandrín se me echó encima, me hinchó ambos ojos, me rompió cuatro dientes y con la misma rama me sacudió leña en abundancia. Con mi enérgico me dedicación le había devuelto el orgullo de la vida.

Hiciele señas entonces para darle a entender que yo daba por terminada la discusión y, levantándolo me tan satisfecho como un scifista del pórtico, le dije: "Señor mío, es usted igual a mí! Concedame el honor de compartir conmigo mi bolsa; y acuérdesse, si es filántropo de veras que a todos sus colegas, cuando le pidan limosna, hay que aplicarles la teoría que he tenido el dolor de ensayar en sus espaldas".

Me juró que se daba cuenta de mi teoría y que seguiría mis consejos.

Charles Baudelaire.

EL PASO DE LOS CONQUISTADORES

(Viene de la pág. 9)

Al sencillo naualt, al araucano chilidegu, al quechúa, siguió el brote del sonoro romance castellano de Cervantes, de Rojas y Molina, y en desfile ilusorio pasaron por el campo americano el Ingenioso Hidalgo don Quijote, la ingeniosa señora Celestina y el audaz burlador, Don Juan Tenorio. Desde entonces la noche de la puna que la neblina en su extensión abraza, escucha en el sállozo de las flautas rústicas, la elegía de una raza que ya no vé tejer a la aclla-cuna ni oye profetizar a sus Amautas. Y que quizá si espera su llegada para surgir templada en el fuerte crisol del sufrimiento y hacer temblar las altas cordilleras cuyas nevadas cabelleras peinan los dedos ágiles del viento.

Leopoldo BENITEZ V.

SINGAPUR, BASE NAVAL....

(Viene de la pág. 17)

en todo el Asia. No es solamente Gran Bretaña la que ve amenazados sus intereses en el Extremo Oriente, sino también Francia, Es tados Unidos, Bélgica, Italia, Holanda, Portugal y otras naciones occidentales. El problema actual consiste en la permanencia o en la desaparición del dominio blanco en el Asia. Con la conquista de Manchuria y del norte de China, pocas esperanzas quedan de defender ese dominio blanco con popes diplomáticos. Los mejores recursos defensivos están representados por la espada, el cañón y los acorazados. La consecuencia de ese acelerado engrandecimiento militar y naval del Japón es la base de Singapur, con la cual en un futuro tal vez cercano, se jugará la suerte de la civilización occidental en el Oriente.

Para que un barco de gran tonelaje, con servicio en estas aguas, pudiera repararse, debía de realizar una travesía de 9.800 kilómetros, hasta Malta, que es la base naval inglesa, dotada de grandes astilleros, más cercana al Lejano Este. Hoy, la flota británica puede trasladarse al Pacífico con entera confianza. Luego debe de considerarse que rodean a Singapur las tres cuartas partes de la extensión territorial del Imperio británico, habitado por 410.000.000 de almas. Además, operando desde Singapur, la flota británica puede defender a la India, Nueva Zelandia, Australia,

Sud Africa y la Malaya inglesa. Como punto de concentración de una fuerza naval, la situación estratégica de la base es inapreciable. Es el paso obligado de la ruta marítima que va hacia el Este y de la que se dirige hacia el Oeste. Por el estrecho de Singapur navegan obligadamente los barcos, como por el Canal de Suez o el de Panamá. Pero la seguridad de la estratégica isla depende en cierto modo de la seguridad de las posesiones holandesas, francesas y portuguesas, cercanas. La posibilidad de un desembarco de tropas en las mencionadas posesiones, para atacar a Singapur, ha sido detenidamente estudiada por el estado mayor del ejército inglés. Y la cooperación más importante y vital que en caso de un conflicto armado pudiera obtener en el Pacífico, sería de parte de Francia. Con la ayuda de esta potencia se considera que los intereses de los blancos estarían asegurados por mucho tiempo.

La isla de Singapur fué adquirida del sultán de Johore por Sir Stamford Raffles, de la East India Company, en 1819. En ese tiempo se estaba lejos de pensar que la isla pudiera servir para una base naval. La jungla era ro busta y los pantanos escondían a la muerte. La metamorfosis de Singapur es, pues, maravillosa; el progreso se le ha acercado prodigamente y millones de libras esterlinas se han invertido para convertirlo en el "stronghold" más importante de la tierra.

Receta de Cocina—Escabeche de pescado

Se compra un pescado de carne dura, así como la sierra; se parte a la travesada en rebanadas de un dedo de espesor. Entonces se le unta un poco de harina y se frie en aceite bien caliente. Después se preparan los siguientes ingredientes para hacer la salsa:

- | | |
|----------------------------|-------------------------|
| vainitas (habichuelas) | rebanadas de cebollas |
| aceitunas | cebollinos blancos |
| pimientos verdes asados | alcaparras |
| pimientos colorados asados | ajos |
| hojas de laurel | limón verde en rueditas |
| pimienta en grano | aceite |
| sal | vinagre |

Después de bien frito el pescado, se puede preparar en dos formas: una, dejando hervir la salsa unos cinco minutos, echando entonces el pescado y dejándolo dar también un hervor; y la otra, es, cogiendo una cazuela de barro, se colocan los ingredientes en el orden siguiente: vainitas formando una capa, el pescado, encima las cebollas, alcaparras, etc. y por último los pimientos; otra vez vainitas en la misma forma, pescado, y así sucesivamente. Se le echa la misma cantidad de aceite que vinagre, y de modo que sea suficiente para que cubra completamente el escabeche, para evitar que se descomponga. Se tapa la cazuela y se deja en reposo, alrededor de una semana antes de comerlo. Se usa como fiambre.



CUANDO LOS TOMATES son rojados en las caras de estas dos Florida, suceso acaecido durante el festival del Tomate, celebrado últimamente.

son hervidos en ensaladas, son a-bañistas de Dania, Estado de Florida, suceso acaecido durante el festival del Tomate, celebrado últimamente.



Fred MacMurray, preparándose para entrar en acción, mientras Louise Platt le arregla la corbata.



Una nueva pose de Eleanore Whitney, de los estudios Paramount.



Henry Hathaway, bailando con Louise Platt, en un set. En realidad, está explicando a un actor cómo bailarse para la escena...



Lorraine Latham, una de las más aplaudidas figuras de las revistas neoyorquinas. (Foto Murray Korman).

fest

to
lebr